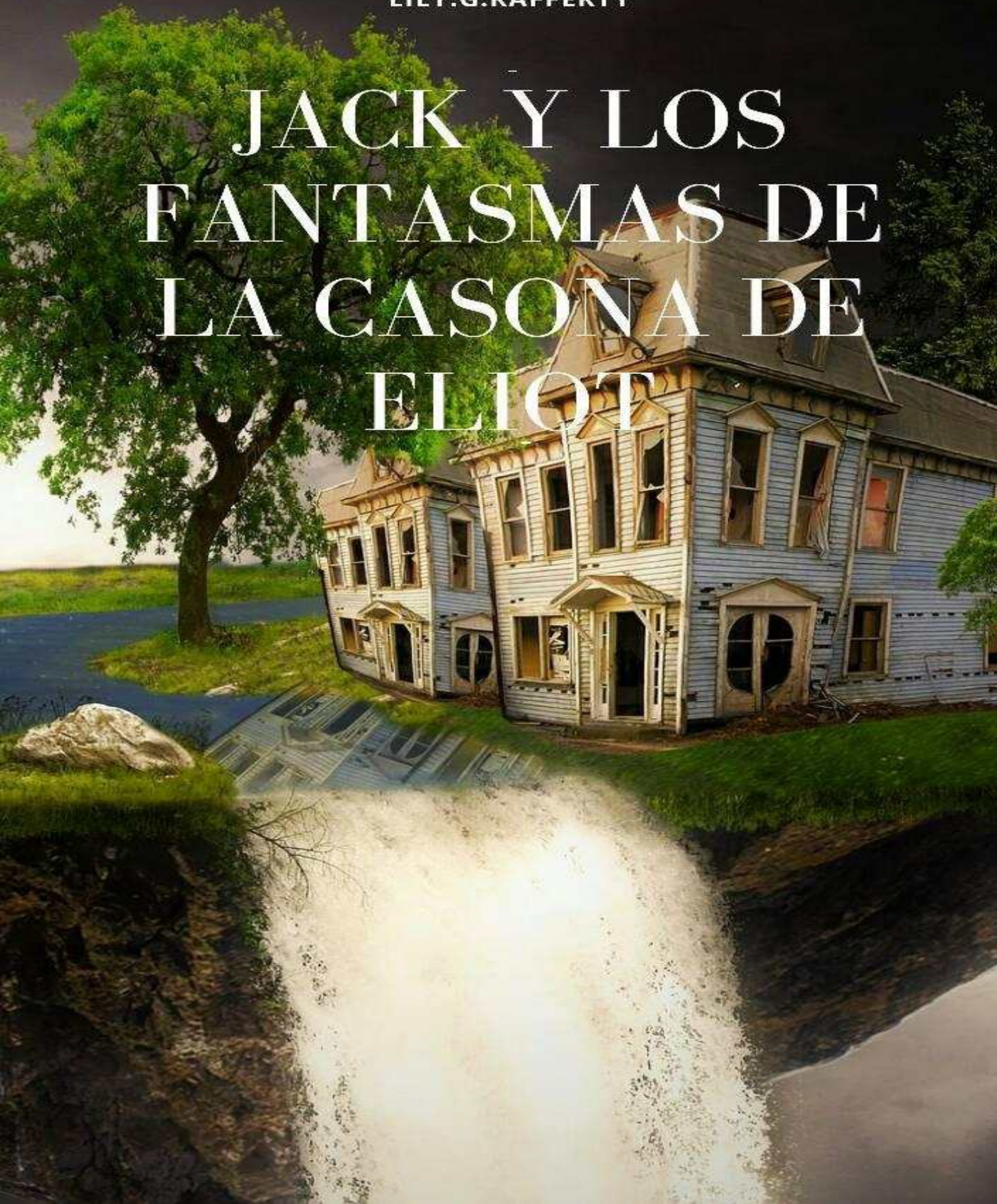


LILY.G.RAFFERTY

JACK Y LOS FANTASMAS DE LA CASONA DE ELIOT



Una vieja casona victoriana, ubicada en un pueblo en las afueras de Londres, está habitada por varios fantasmas desde hace más de un siglo. Ellos son Eliot, dueño de la casa y antiguo capitán de un barco mercante, que pasó su vida a bordo de su amado Queen Christine; Sandy, un espíritu pequeño, alegre y juguetón; Rose, una novia abandonada que aún espera que su amado regrese; y August y Doris, que son el mayordomo y el ama de llaves del hogar. Todos ellos acompañan a Jack, el pequeño sobrino de Eliot, que ha escuchado las maravillosas historias de todos los lugares que recorrió su tío durante sus viajes por el mundo. Jack tenía un amigo, Freddy, con quien compartía el mismo anhelo de ser algún día los capitanes de un barco propio, pero la vida los alejó y cambió sus rumbos al llegar al pueblo una epidemia que interrumpió tempranamente sus sueños. Una tarde, muchos años después de la muerte de Jack, Jerry, un fantasma errante que se encontraba escapando de los espíritus devoradores que recorren los sistemas del drenaje de la ciudad, logra ingresar a la casa por el sótano trayendo consigo la noticia de que un barco, el Victorious I, está amarrado en el puerto y que, si logran llegar a él antes de que zarpe, Jack podrá viajar y conocer todos esos lugares que tanto había anhelado visitar. Pero el camino hasta el barco no será sencillo, y se encontrará plagado de peligros y dificultades que Jack y sus acompañantes deberán sortear si desean alcanzarlo y recuperar la tan ansiada libertad.

ÍNDICE

JACK Y LOS FANTASMAS DE LA CASONA DE ELIOT

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1: Un invitado inesperado

CAPÍTULO 2: Freddy

CAPÍTULO 3: BOO

CAPÍTULO 4: Un camino peligroso

CAPÍTULO 5: El inevitable paso del tiempo

CAPÍTULO 6: Sandy

CAPÍTULO 7: Capitán Freddy

CAPÍTULO 8: No todos se van, algunos se quedan

CAPÍTULO 9: Una difícil despedida

CAPÍTULO 10: Prófugos

CAPÍTULO 11: Por los túneles del metro

CAPÍTULO 12: Bienvenidos al purgatorio

CAPÍTULO 13: Imperdonable

CAPÍTULO 14: Un pedido desesperado

CAPÍTULO 15: Bienvenidos a bordo

CAPÍTULO 16: Richard y Rose

Lily.G.Rafferty

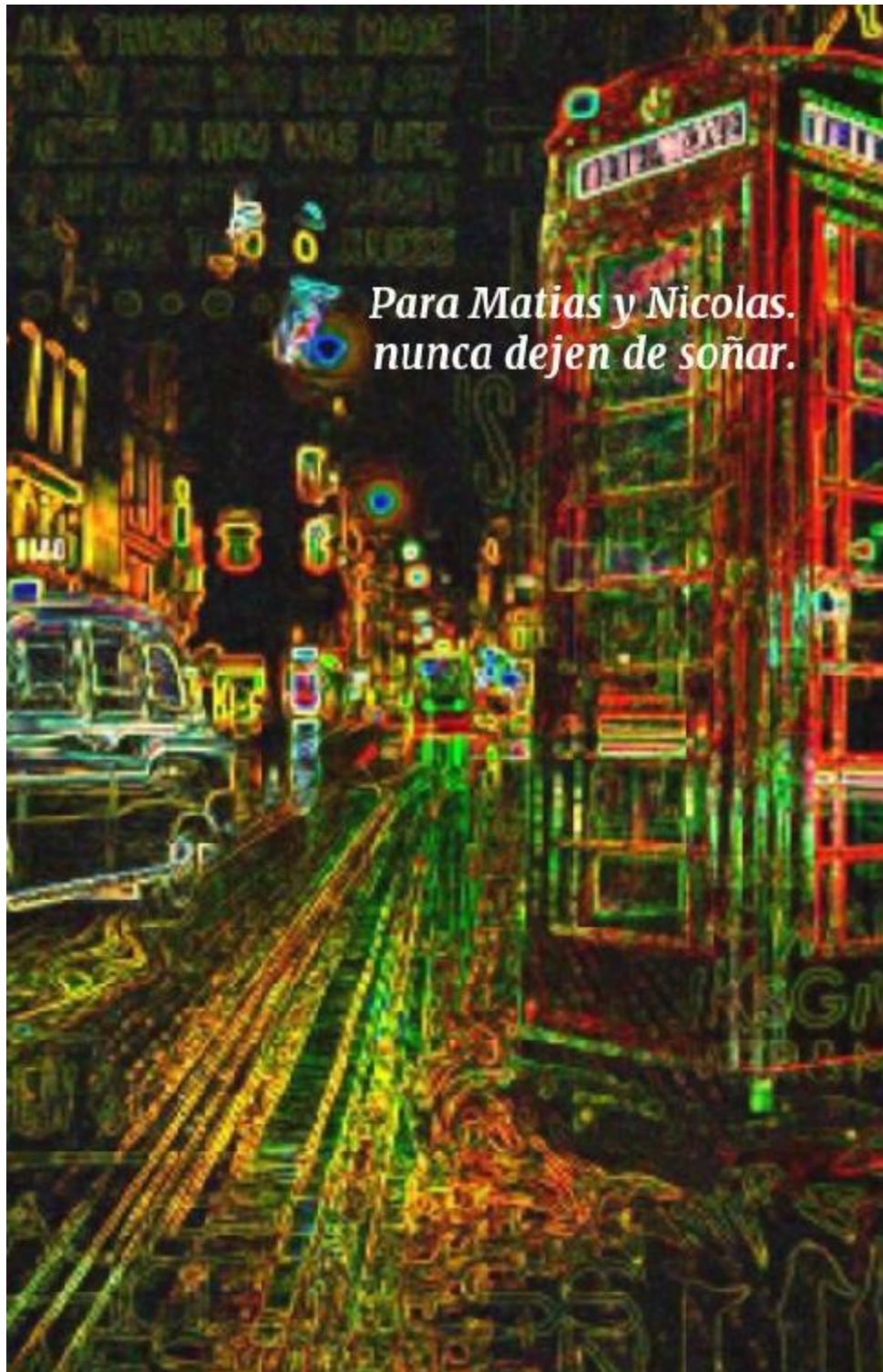
JACK Y LOS FANTASMAS DE LA CASONA DE ELIOT

Autora: Lily.G.Rafferty.

Imagen de portada: Ahsan306.

Imágenes utilizadas para dedicatoria y capítulos se basan en fotos de: Vincent Ciro, Mary Gorobchenko, Arek Socha, Enrique Meseguer, Tom und Nicki Löschner, Twighlitzzone, Tentes, Vinson Tan, Rita E, Slovenčina, Free-Photos, Erwin, Ylanite Koppens, Pexels, Peter H, Pexels, Moshe Harosh, Anita Smith, PublicDomainPictures.

Digitalizado de imágenes: Lily.G.Rafferty.



*Para Matias y Nicolas.
nunca dejen de soñar.*

PRÓLOGO

Neil tenía todo milimétricamente planeado. Había estudiado e investigado todo lo relacionado con la ley de herencia, y sabía que Eliot no había hecho un testamento y que, al no dejar cónyuge superviviente ni descendientes, él, cómo su hermano de doble vínculo con sujeción a los *statutory trusts*, heredaría toda su fortuna. Estaba feliz ante la idea de poder poner sus manos sobre toda esa gran montaña de dinero. Cuando, al fallecer sus padres, todo el manejo de la empresa familiar había quedado bajo la dirección de Eliot, Neil se había sumido en la rabia y el resentimiento, por más que sabía que su hermano era el indicado para ello ya que toda su vida se había dedicado a la empresa y a navegar junto a su padre. Al leerse el testamento y ver que gran parte de toda la fortuna familiar quedaba para Eliot, Neil no lo había podido superar. En realidad, aquello había sido un último esfuerzo de su padre por intentar preservar el legado de tantas generaciones que habían trabajado para mantener a flote la empresa aun superando grandes crisis económicas. Si no fuera porque Neil estaba casado con Susan, una mujer por la cual sus padres tenían un gran respeto y que los había bendecido con Jack, su primer nieto, no le hubieran dejado ni un centavo, ya que él nunca había valorado el dinero ni el trabajo ajeno: solo se ocupaba de dilapidar billetes como si de papeles se tratara y jugaba y perdía fortunas en apuestas al póker.

...

Esa mañana fue hasta el boticario y le solicitó veneno para las hormigas, ya que, según le dijo, estaban devorando los rosales que su esposa amaba. El señor Harris fue hasta uno de los aparadores y le alcanzó una botella que contenía un pequeño granulado en su interior.

—Aquí tiene. Le voy a pedir que lo utilice con cuidado, ya que, si lo llega a ingerir accidentalmente, es muy tóxico. En este papel voy a anotarle las cantidades exactas que debe usar.

—Muchas gracias. Mi esposa se pondrá muy feliz cuando sus bellas flores cubran nuevamente el exterior de la casa.

Tomó la botella de vidrio y, luego de pagarle al boticario el costo del producto, volvió a su casa para continuar con el plan.

...



La señora Doris había dado orden de servir la cena. Neil le dijo que él y su familia no participarían de aquella, ya que quería llevarlos a la ópera. Por lo tanto, la mesa se sirvió solo para uno. Neil se quedó en la cocina un rato, esperando a que la cocinera saliera de allí, y, aprovechando la distracción, vertió el contenido del envase en el interior de la sopera. Sabía que nadie más que Eliot comería, lo cual le daba la tranquilidad de que solo haría efecto sobre quien debía hacerlo. Ya no había vuelta atrás: su plan estaba en marcha.

Al día siguiente, Eliot despertó muy enfermo. Todos pensaron que había contraído la enfermedad que empezaba a arrasarse con el pueblo, pero, al revisarlo, el doctor Stuart notó que algo raro ocurría y le prescribió unas medicinas.

—Disculpe, doctor, ¿cómo se encuentra mi hermano?

—Le voy a dejar estos comprimidos para que tome, porque no parece estar cursando los síntomas de la gripe: esto se parece más a una intoxicación.

—¡Qué horror! Sí, me ocuparé personalmente de que tome todo lo que usted le ha dejado. ¿Qué podrá haber sido? Él solo come aquí en casa, y la cocinera es excelente.

—Sí, no se preocupe, seguro que en unos días estará bien. Procure que tome todo esto, y cualquier novedad me vuelven a llamar.

El doctor se marchó tras entregarle a Neil las medicinas. Este las guardó en el bolsillo de su chaqueta y se retiró a su recámara.

...

La señora Doris estaba preocupada por el repentino cambio del estado de salud de su jefe y detuvo a Neil justo cuando este salía de su dormitorio.

—Disculpe, señor, ¿qué le dijo el doctor?

—Que no considera que sea nada grave, y que tan solo debe descansar. Seguramente se intoxicó con la comida. Yo le diría que despida a la cocinera. Ahora, discúlpeme, debo salir y volveré tarde, no me esperen a comer.

Como era habitual desde que había regresado a la casa, pasaba casi todas las noches jugando al póker. Dejó a la señora Doris con la palabra en la boca y se retiró. Ella se quedó mirando cómo Neil se alejaba. Por un momento pensó en volver a llamar al doctor, pero eso podría traerle muchos problemas con Neil, que hasta la podría despedir por entrometerse, por lo que decidió esperar a la mañana siguiente para ver cómo evolucionaba Eliot y, ahí sí, ver si podía pedirle al doctor que regresara.

Como era de esperarse, el estado de Eliot fue empeorando con el correr de las horas. Con el veneno en su organismo, y sin medicinas que lo ayudaran, esa misma madrugada falleció.

La señora Doris sentía que Neil había tenido algo que ver, pero no tenía pruebas de ello. Buscó por toda la casa, pero no logró encontrar nada que se

relacionara con la enfermedad de Eliot. Si su hermano le había suministrado algo, ya no estaba allí. De todas formas, estaría atenta a sus pasos.

...

Unos meses después, en el pueblo comenzó a correr el rumor de que Neil lo había envenenado para quedarse con toda su fortuna. Ya no solo la señora Doris lo pensaba, sino que inclusive Susan se lo había comentado esa misma tarde. Ella tenía miedo de que, si su esposo descubría que sospechaba de él, la lastimaría a ella o a Jack. Pero, el día anterior, el señor Harris le había preguntado cómo estaban sus rosales. Ella se había sorprendido ante el comentario y no había sabido qué responder. Solo atinó a decir que estaban bien, a lo que él le dijo que se alegraba de que pudiera disfrutar de sus rosas, ya que su esposo había estado muy preocupado por las hormigas que hacía unos meses las habían devorado. En ese momento, un pensamiento de terror la había invadido al intuir que, tal vez, Neil había asesinado a Eliot.

Ese hombre parecía ser más peligroso de lo que la señora Doris creía, por lo que sintió que algo tenía que hacer. Aunque no hubiera pruebas de lo ocurrido, fue al encuentro de su esposo y le comentó sus temores. Ambos fueron entonces a hablar con el comisario, quien se sorprendió por lo que le relataban y les dijo que citaría al boticario la mañana siguiente para conversar con él. La señora Doris le preguntó si podía mantener esa charla en secreto hasta que la investigación avanzara, cosa que el agente aceptó, entendiendo el riesgo que ambos corrían al vivir en la misma casa que el posible asesino.

—Ahora debemos estar muy atentos a los pasos del señor Neil —dijo August a su esposa—: si llega a saber que fuimos nosotros, estaremos en serio peligro.

—Lo sé, August, pero no podemos permitir que les haga daño a la señora Susan o al pequeño Jack. Espero que la policía aclare esto y lo ponga tras las rejas.

Los dos salieron del edificio y volvieron a la casona.

La vida de despilfarro que Neil estaba llevando y el apuro que mostraba para que se hiciera efectiva la transferencia de los bienes de su hermano

llamaban demasiado la atención de muchas personas cercanas, y no tanto, al fallecido Eliot. Era el comentario obligado en los salones sociales, y nadie hablaba de otra cosa. Esto, sumado a la charla que el comisario tuvo entonces con el señor Harris, cerró aún más el círculo sobre él. El fiscal, tomando todos los indicios, abrió una investigación, pero, tras la visita de Neil al jefe de la policía, un personaje corrupto y de oscura moral que Neil sabía que no sería difícil de sobornar, y a cuya oficina acudió una mañana llevando un importante paquete que parecía contener muchos billetes, la pesquisa milagrosamente se cerró y la causa quedó caratulada como “Muerte natural por intoxicación alimenticia”. A los pocos días, Neil desapareció de allí, llevándose consigo todo el dinero y las propiedades que se encontraban a su nombre; inclusive el *Queen Christine*, que pocos años después perdió en un juego de póker, al igual que todo el resto de la fortuna, razón por la cual terminó en la más absoluta miseria, peor aún que la que les dejó a su esposa e hijo.

Cuando él se fue, Susan se sintió aliviada. Ya no corrían peligro. Pero los señores Mollers sintieron que no terminaría nada bien esta historia, y vieron cómo sus temores más profundos se hicieron realidad cuando, una mañana, Susan volvió llorando del banco asegurando que el gerente le había dicho que ya no quedaba un centavo en sus cuentas. Solo le quedaba la casa, así como las joyas que pudiera vender para pasar algunos meses antes de que todo se viniera abajo.

CAPÍTULO 1

“Un invitado inesperado”



La casa estaba tranquila, como de costumbre. Los señores Mollers rondaban por las habitaciones. August insistía en sacar las telas de arañas, que volvían una y otra vez, a lo cual él no se resignaba y continuaba luchando contra ellas. Muchas veces me preguntaba si lo haría por aburrimiento o por diversión. Rose no había aparecido en todo el día, por lo que supuse que estaba en alguna de las terrazas, como era habitual. Sandy jugaba a tomar el té con sus muñecos, y el tío Eliot estaba sentado en su escritorio en el estudio. Allí pasaba la mayor parte del tiempo, con su mirada perdida mirando hacia el lago, inmerso en sus recuerdos. Yo venía de caminar por el parque. Nuevamente había intentado en vano llegar al lago, porque había visto que unos chicos estaban allí jugando, pero no pude. Me quedé como siempre en el límite de la propiedad. Estuve un rato viendo cómo arrojaban piedras, reían y se hacían bromas. Vino a mi mente el recuerdo de muchos años atrás, cuando en ese mismo lugar jugábamos con Freddy. Había pasado tanto tiempo. Me

preguntaba qué habría sido de él, ya que no lo había vuelto a ver tras mi enfermedad. Una vez que los chicos se fueron, di media vuelta y regresé. Al entrar en la casa, un gran alboroto proveniente del sótano me llamó la atención. Bajé rápidamente para ver qué ocurría y vi a la señora Mollers allí. Al llegar, pude notar que había un fantasma frente a mí. Esto me sorprendió, porque nunca aparecía uno así de forma espontánea, de modo que lo interrogué:

—¿Quién eres y qué haces aquí?

—Vengo de las alcantarillas. Seguí los túneles y pude llegar aquí arriba. Un guía me ayudó a escapar porque los merodeadores me están persiguiendo. Necesito que me ayuden —pidió desesperadamente.

Sus ropas estaban gastadas; parecía un mendigo o alguien que no había tenido una buena vida.

—¿Cómo te podemos ayudar?

—Necesito que me escondan hasta que se vayan, pues están rondando la casa. Luego me marcharé de aquí ya que no tengo mucho tiempo y hay algo importante que debo hacer.

En el exterior podían verse las hojas pasar con fuerza y armar remolinos. De a poco, una densa bruma negra había envuelto todo. Se escuchaban los silbidos del viento, que pasaba entre los árboles provocando un lamento aterrador.

—¡Allí están, vienen por mí! Por favor, les pido que me ayuden. Si me atrapan, será mi fin.

En ese momento, el tío Eliot bajó, avisado por la señora Mollers.

—¿Qué ocurre?

—Tío, tenemos que ayudarlo, está muy asustado.

—¿Entró por los túneles?

—Sí, señor, disculpe, no tenía a dónde ir, necesito que me escondan, les prometo que pronto me marcharé, ¡por favor!

—No se preocupe, lo ayudaremos. Los guardianes no entrarán a la casa: mientras se quede dentro, todo estará bien.

—Tío, ¿de qué túneles hablan?

—Jack, ya te voy a contar, ahora tenemos que ayudar a... perdón, no le pregunté su nombre.

—Jerry... me llamo Jerry.

—Mucho gusto. Mi nombre es Eliot, él es mi sobrino Jack, y en la casa hay otros fantasmas que ya irá conociendo. Pero, ahora, dígame: ¿cómo fue que llegó aquí?

—Yo quería ir hacia el puerto para tomar el buque *Victorius I*, que está amarrado en la Dársena 2 y zarpa en tres días. Esa es mi solución, ya que, si logro llegar a mar abierto con el barco, los guardianes no podrán perseguirme más y seré un espíritu libre. El guía que me estaba ayudando allí abajo me dijo que era peligroso dirigirnos hacia el puerto, ya que estos días los devoradores estaban muy activos por la gran cantidad de espíritus que intentan llegar a aquel lugar, y que lo mejor sería que viniéramos hacia aquí, ¡pero yo quiero llegar a la Dársena 2!

La historia me pareció fascinante y quise oír más detalles.

—Cuando ya habíamos hecho algunos tramos por los conductos, de pronto, tras salir de la nada, los devoradores comenzaron a perseguirnos. Y a ellos se sumaron los merodeadores, por lo que debimos correr para escondernos. Llegó un momento en el que pensé que nos atraparían: estaban por todas partes y se los escuchaba acercarse, feroces y hambrientos. Luego de hacer algunos metros más, encontramos unos viejos túneles que nunca había visto. Fue algo extraño, porque el guía me llevó en esta dirección como si él los conociera bien. En ese punto era tal el terror que sentía, que entré y lo seguí sin cuestionarlo. Ese camino fue el que nos trajo hasta aquí. El guía me dejó aquí debajo y se marchó. Me dijo que subiera que había una casa, que era seguro

subir. Por eso entré. Pero, como les he dicho, solo quiero llegar al puerto: no es mi intención quedarme en esta casa, deben creerme, por favor, necesito que me ayuden.

—Jerry, cuéntame más de ese barco —le dije.

El tío Eliot me hizo callar: no quería que me entusiasmara demasiado con la idea de encarar una aventura para llegar a ese barco fantasma, y, sumado al desesperado estado de aquel caballero, no le parecía pertinente que continuara con mis preguntas.

—Jack, te conozco y puedo leer tus intenciones: nadie aquí tomará ese barco. Sería muy imprudente intentar salir. ¿Acaso no escuchaste todos los peligros que hay debajo de nosotros? Y eso sin contar los que ahora rondan fuera de la casa. Olvídate de ese barco: nadie saldrá de aquí, incluido Jerry. Disculpe, señor, sé que usted desea salir rápidamente, pero no creo que esa sea una buena idea. Ahora debe tranquilizarse. Nos ocuparemos de que esté bien y más tarde encontraremos una solución.

Yo no me iba a quedar tranquilo por mucho tiempo, pero esperaría a que las cosas se calmasen un poco e insistiría. En tres días debía estar allí, en el puerto, a como diera lugar.

CAPÍTULO 2

“Freddy”

Cuando llevas más de cien años muerto, y sabes que no puedes alejarte de la casa más allá de los límites del terreno, llega un momento en el que te aburres de tanto vagar por las habitaciones. Y si bien no estoy solo, pues en la casa hay otros fantasmas, extraño a mi mejor amigo Freddy. Con él pasábamos mucho tiempo juntos. Nos divertíamos mucho, jugábamos la mayor parte del día. Como él tenía que trabajar en la granja de su familia, su madre siempre lo regañaba, pues decía que éramos dos vagos y que perdíamos el tiempo cuando había tanto para hacer. Pero en realidad, como todos los chicos, queríamos jugar, aunque en esa época el significado de niño era muy distinto: ser pobre te convertía en adulto mucho antes, y por eso él trabajaba, cuando en realidad no tendría que haberlo hecho, al igual que sus hermanos, por lo que ninguno de ellos tenía tiempo de jugar. Yo tenía doce años (bueno, en realidad aún los sigo teniendo) y él tenía diez. Aún lo veo allí, vistiendo su chaqueta azul prendida con cuatro botones, con dos bolsillos con solapa a ambos lados, algo arrugada y que le quedaba grande, pues se notaba que la había heredado de su hermano mayor. El cabello rubio, con rulos que le formaban una melena que le llegaba hasta el mentón, ojos azules, pálido y con sus mejillas rojas a causa del frío; guantes de piel marrón, bufanda azul, botas negras y pantalones claros. Ellos eran pobres... bueno, igual que nosotros, la diferencia era que él no tenía un tío adinerado como yo, que hace posible que esté vistiendo estas ropas elegantes. (Jack viste pantalón azul con zapatos negros, chaqueta de terciopelo abotonada con tres botones y el último suelto, camisa blanca, corbata celeste y un chaleco al tono; en su cabeza, un sombrero de ala redonda gris, cabello rubio con rulos tipo melena, ojos marrones y tez pálida).

Él solía patinar en el lago cuando en invierno se congelaba. Yo nunca logré aprender a realizar todas las piruetas que él hacía: me quedaba en la orilla y lo miraba dar vueltas y giros, y cuando me aburría tomaba una bola de nieve y se la lanzaba. Él entonces hacía como que se enojaba y me corría. Nos divertíamos mucho. A los dos nos gustaba pasar tiempo con el tío Eliot y escuchar sus historias de viajes por el mundo.



Recuerdo ese día en que el tío vino al lago: traía consigo unas tazas de chocolate caliente que la señora Doris había preparado y se sentó junto a nosotros. No le importó que su ropa se ensuciara: él era de hacer ese tipo de cosas a diario, compartía mucho tiempo conmigo y con Freddy, era muy diferente a mi papá, que siempre me evitaba y que solo me hablaba cuando era necesario, hasta el punto en que llegué a pensar que era una molestia para él, aunque ahora que lo pienso no trataba de forma diferente a mamá. El tío llegó elegante, vestido, como siempre, sobriamente, con el frac negro, que utilizaba tanto durante el día como por la noche, acompañado de su sombrero de copa y su bastón colgando del brazo derecho, su corbata pequeña y el cuello de su camisa subido hasta las mejillas, en ocasiones cubriendo por completo el de la chaqueta. El cabello castaño, con ondas, peinado hacia el costado, bigote, ojos marrones, nariz pequeña, pómulos marcados, lentes de oro redondos y elegantes. Había recorrido el mundo a bordo de su barco, el *Queen Christine*, navegando, pasando gran parte de sus viajes en China y la India. Ese día fue muy lindo: poder estar allí, los tres sentados en el pasto viendo a los demás chicos patinar y nosotros disfrutando de eso... un hermoso momento con él y sus geniales historias de viajes, conociendo los monumentos de las dinastías

chinas y tantas cosas. Mientras bebía un sorbo de chocolate nos empezó a contar:

—Hay un lugar que se llama el Templo del Cielo. Es el mayor templo de su clase en toda la República Popular de China. Fue construido en el año 1420, y tanto la dinastía Ming como la Qing lo utilizaron para adorar el cielo por las cosechas (en primavera) y darle las gracias por los frutos obtenidos (en otoño).

Así nos iba relatando todo, para nuestro asombro. Sus historias nos transportaban. Los relatos eran tan vivos, y con tan precisos detalles, que hacían que sintieras que estabas realmente allí.

—Y en la India hay bellos y majestuosos monumentos históricos del imperio Mogol, como el complejo del Fuerte Rojo de Delhi, al que le dicen así por el color de la piedra con la que fue construido, o el icónico mausoleo del Taj Mahal, en Agra, con sus fuentes y jardines. Y este último, chicos, ¿saben qué es lo que tiene que lo vuelve más increíble?

Tras oír su pregunta simplemente le dijimos:

—No, tío, pero cuéntanos.

—Que se construyó por amor.

Tantos lugares hermosos que queríamos conocer algún día, cargados de historias, guerras, luchas de poder, odio, ambición y amor, leyendas y cuentos antiguos. Cada piedra y elemento con el cual estaban contruidos tenían tanto que contar. Habían sido parte de la historia, protagonistas de tiempos pasados llenos de misterio y asombrosos relatos. Los dos soñábamos con algún día convertimos en marineros como el tío, ver y recorrer todos y cada uno de esos lugares... pero bueno, tal cosa no fue posible... al menos para mí.

Cuando perdimos todo, mi padre le pidió ayuda al tío Eliot para que nos dejara vivir aquí, y como mi tío es un hombre bueno y generoso, muy respetado por sus empleados y la sociedad, que supo cómo hacer crecer la fortuna familiar y continuó con la empresa de marina mercante, nos permitió mudarnos con él a la hermosa casa victoriana que había construido para vivir

con su esposa y su pequeña hija, quienes la habían disfrutado muy poco ya que ambas habían fallecido.



Aún recuerdo cuando perdimos nuestra casa. Escuché a papá y a mamá hablar en la sala. Yo estaba escondido en las escaleras y allí, desde la oscuridad del primer piso, los observaba a través de los barrotes de la baranda. Ellos no podían verme. Mi mamá lloraba y él estaba muy enojado, dando vueltas alrededor de los sillones mientras ella le decía:

—¡Cómo pudiste apostar la casa, Neil!

—Susan, tenía una muy buena racha, venía de ganar tres veces seguidas, y ese alemán desgraciado me tendió una trampa.

—Igual, Neil, ¡nuestra casa! ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Dónde vamos a vivir? ¿Vas a hablar con Eliot?

—¡Demonios, Susan, te estoy diciendo que me hicieron trampa! Se tiró a perder y, cuando me hizo elevar la apuesta, ya no tenía qué ofrecer y era

mucho dinero el que estaba allí sobre la mesa. Y caí, ¡el maldito tenía escalera real! ¡Y CLARO QUE VOY HABLAR CON MI ESTÚPIDO Y RICO HERMANO!

Mi papá gritó muy fuerte, lo cual hizo que me asustara mucho. Mi mamá se tapó la cabeza con las manos y él, luego de azotar con fuerza la puerta de la entrada, salió de la casa. No podía entender por qué mamá lo aguantaba, por qué no lo dejaba, pero sabía muy en el fondo que ella, por más que quisiera, no podía, pues ¿a donde podríamos ir? Sería una mujer sola con un hijo, y eso no estaba bien visto. Además, mis abuelos estaban lejos, en otro país, y nunca la habrían recibido de saber que había abandonado a su esposo, aunque este fuera un ser nefasto. Ella era una prisionera más en esta historia. Me quedé un rato ahí, sin saber si él volvería en seguida o no. Mamá se levantó y, cuando miró hacia arriba, me vio ahí sentado.

—Cariño, ¿qué haces fuera de la cama? Ve a acostarte, es tarde.

—Mamá, escuché todo.

—¿Qué es lo que escuchaste? —me preguntó mientras iba subiendo las escaleras.

—Que nos van a sacar la casa. ¿Vamos a vivir en la calle?

—No, amor, nadie va a vivir en la calle. Papá va a solucionarlo todo, no te preocupes. Pero vamos, te acompaño a tu cuarto, que aquí hace frío.

Me tomó de la mano y me acompañó.

Al día siguiente, unos señores vinieron y vi que discutían con papá. Se lo veía enojado nuevamente. Estuvo un rato allí fuera, hablando, y luego entró.

—Susan, empieza a empacar. ¡Ya! Hay que dejar hoy mismo la casa.

Mamá salió de la cocina y subió rápido la escalera, entró en mi cuarto y me dijo que empacara con prisa.

—¿Qué llevo, mamá?

—Guarda tu ropa, libros y algunos juguetes. El resto quedará aquí. Tú empaca, corazón, yo en seguida vuelvo y te ayudo. Ahora voy a hablar con tu padre.

Mientras yo tomaba una valija marrón que estaba debajo de mi cama y empezaba a guardar allí mi ropa, mis papás hablaban en el piso de abajo.

—Neil, ¿a dónde iremos?

—¿Y a dónde más? A casa de Eliot. Deja de charlotear y sube a preparar las maletas, que el alemán vendrá por las llaves en una hora. ¡Vamos, apresúrate!

...

Luego de empacar deprisa, abandonamos la casa. Unos señores grandotes, de cara ruda, tomaron la llave y unos papeles que papá les dio, tras lo cual nos fuimos. No quise volverme y mirar atrás mientras nos alejábamos: me sentía triste de abandonar mis cosas y los recuerdos que había vivido allí, en ese lugar. Mamá me tomó la mano y me dijo que me quedara tranquilo, que todo estaría bien. Tardamos un rato en llegar a la nueva casa porque no estábamos cerca. Ese día nos recibió en la entrada la señora Doris. Su rostro duro y su gesto severo me asustaron. Tomó mi maleta, que yo traía en la mano, y me dijo que la acompañara, que ya tenía mi cuarto preparado. Fui detrás de ella. La casa ya la conocía porque habíamos venido varias veces, pero nunca había ido más allá del piso principal y tenía mucho interés en conocer el resto de la mansión.

Subimos por la escalera y fuimos por el corredor que comunicaba con los demás dormitorios, el cual se veía adornado al detalle. Las cornisas del techo estaban hechas de madera oscura. Entre las puertas había una mesa amurada con tapa de mármol y un gran espejo de marco dorado sobre la pared que enfrentaba los tres ventanales, los cuales estaban cubiertos por cortinas amarillas. Debajo de estos había un sillón sin respaldo, y el piso de madera se encontraba cubierto por una alfombra que llegaba hasta el extremo del corredor, donde se encontraba el cuarto. Entramos allí y la señora Doris dejó mi maleta sobre la cama.

—¿Esto es todo lo que traes contigo?

—Sí, señora —respondí.

—Bueno, seguramente el señor Eliot te comprará más ropa cuando vayan a la tienda. Ahora acomódate y luego, si quieres, puedes bajar a tomar el té, que se sirve a las *five o'clock* —dijo esto mientras miraba el reloj dorado que colgaba de la cadena de su cuello.



Apenas se retiró, empecé a sacar la ropa y abrí las puertas del gran armario de madera oscura, que tenía tallados unos bellos detalles. Cuando terminé de acomodar, fui hasta el escritorio que se encontraba debajo de la ventana y allí puse mis libros, mi caballo de madera blanco, que trae sus riendas pintadas en color rojo, y también mi tren, que tiene un señor que lo maneja y con el que, aunque ya está algo gastado y de a poco la pintura azul del traje se le va perdiendo, me gusta jugar. A pesar de que muchos me dicen que ya no debería usar más juguetes, disfruto de pasar tiempo con ellos. Y hubiera deseado traer más cosas, pero el apuro por empacar había hecho que dejara mi habitación casi completa. Esos señores seguramente tirarían todo a la calle. Estaba triste,

pero sabía que estar allí con el tío Eliot era lo mejor que nos podía pasar: él cuidaría de nosotros, todo sería diferente ahora. Presté atención: no se escuchaba nada, solo el silencio rondaba la casona. No había gritos ni discusiones. Papá estaba reunido con Eliot en el estudio, y de pronto toda esa calma me tranquilizó. La alfombra estaba suave, por lo que me quité los zapatos y me dispuse a mirar hacia el lago.

CAPÍTULO 3

“BOO”

Hay momentos como este, en los que quisiera salir e ir hasta allá, al lago, a donde esos tres chicos están jugando, en el viejo bote que está amarrado, ya semihundido. Allí los veo siempre. Se ríen y tienen aventuras, como hoy, que uno de ellos es un pirata. Quisiera tener mi vida de regreso, poder volver el tiempo atrás y recuperar esos momentos de cuando yo era libre. Algunas veces me acerco lo más que puedo, pero nunca logro llegar a ellos porque las cinco hectáreas de terreno terminan cien metros antes de alcanzar el lago. Cada vez que intenté cruzar, los merodeadores me hicieron notar su presencia, lo cual terminó provocando que desistiese. Siempre regreso a casa y me quedo mirando desde lo alto de la colina en la que se encuentra construida. Desearía que pudieran verme, o que la curiosidad les diera la iniciativa de acercarse a la casa, pero seguramente terminarían asustándose como lo hace todo el mundo y se irían disparados de aquí, de vuelta hasta su hogar, que se ve desde la ventana de mi cuarto, una casona de tres pisos rodeada de mucha vegetación.

Desearía tener un amigo para jugar además de Sandy. Y también volver a ver a Freddy, aunque sé que esto nunca pasará.

...

Cuando mamá murió, pensé que ella se quedaría, porque desde que partí ella estaba muy sola y me extrañaba, y pensé que estaríamos juntos al fin. Luego de que el tío Eliot muriera, papá volvió a lo mismo de siempre: todas las noches jugaba y apostaba cantidades monumentales, de modo que el dinero empezó a desaparecer. Inclusive él mismo un día se fue, nos dejó y se llevó consigo lo que quedaba. Llegó un momento en el que ya no hubo más dinero. Las amigas de mamá dejaron de visitarla. Ella ya no quería salir porque decía que murmuraban a sus espaldas y la miraban con desprecio. Comer cada día empezó a ponerse complicado: ya no se servía el té a las *five o'clock* como había sido siempre. Por suerte se quedaron con nosotros los señores Mollers. Ellos nos ayudaban, y siempre algo aparecía para comer, aunque no fuera abundante o alcanzara para todos. Sé que ellos utilizaban sus ahorros para

comprar la comida y preparar la cena. Mamá estaba triste, y más de una vez la escuché llorar en su cuarto, del que casi ya no salía. Había abandonado el bordado que tanto le gustaba y muchos trabajos quedaron a medio terminar. A veces paso por su recámara y veo sus bastidores de madera, con la aguja clavada en la tela en ese último punto que completaba el ala de un pájaro, y por un momento siento a mi mamá allí conmigo, como si su energía hubiera quedado pegada en ellos.

Ese invierno de 1880 fue muy duro. Mucha gente en el pueblo se enfermó, jóvenes y viejos, bebés y niños. La gente moría a diario. Desde la ventana veía pasar los cortejos que llevaban a familias enteras. Muchas veces escuchaba a los señores Mollers reunidos en la cocina comentar que tal o cual había enfermado y que todos sabían que no lograría sobrevivir. Tenía miedo, más aún cuando empecé a sentirme mal. A algunos los enviaron lejos, como a mi amigo Freddy y sus hermanos, pero nosotros ya no teníamos a dónde ir, de modo que finalmente enfermé y ya conocen el resto. Cuando me vinieron a buscar, no quise irme porque no quería dejar sola a mamá. Ella estaba muy triste, y, aunque no me podía ver o escuchar, yo le hablaba y le hacía compañía mientras la veía sentada en el recibidor, mirando hacia fuera, en un silencio que solo era interrumpido por su llanto. Allí pasaba las horas, vestida con un largo vestido negro cuyo cuello blanco asomaba haciendo pliegues y que llevaba ceñido a su cintura con muchos botones pequeños al frente, forrados de la misma tela que el vestido, y con su cabello peinado raya al medio y tomado con un rodete.

A los pocos meses, mamá también enfermó. Aunque todos dicen que fue la gripe, yo sé que fue de pena, y cuando vinieron a buscarla se fue. Me dio un gran abrazo antes de irse. Una bella sensación de paz la envolvía. No la culpo por dejarme. Yo sentí que aún no estaba listo para partir, de modo que me quedé aquí, con el tío Eliot. Bueno... con él y los otros.

Ya casi nadie viene a la mansión porque la gente sabe que está embrujada. Luego de que la intentaron robar y destrozaron todo, debimos ponernos firmes y defender nuestro hogar. Esa noche entraron tres hombres desde el jardín, luego de forzar la puerta, y sonrieron al ver todo lo que podían robar.

—Mira esas obras de arte, y los jarrones... ¡es la mejor casa que hemos visto en mucho tiempo! Tomen todo lo que puedan; yo voy a revisar los pisos

superiores, que seguramente deben tener joyas aún.

Los ladrones comenzaron a tomar las cosas del aparador y las empezaron a poner sobre la mesa. Se reían y festejaban. La señora Doris empezó a gritar diciendo que había entrado gente a la casa.

—¡August, señor Eliot, POR FAVOR, VENGAN QUE HAY LADRONES!

—¿Dónde, cariño? —le preguntó el señor August mientras uno de ellos subía por las escaleras.

—¡Increíble! —exclamó el ladrón—. ¿Cómo fue que no vinimos antes? ¡Esta casa está intacta!

Fue hasta una de las mesas del pasillo y tomó una de las estatuillas que había allí. August abrió entonces una de las puertas de los dormitorios, que produjo un tétrico rechinar. El ladrón inmediatamente miró, pensando que podía haber alguien. Se quedó quieto, y luego, al ver que nada pasaba, siguió. Pero August cerró la puerta con fuerza, haciendo que se sobresaltara nuevamente y que dijera:

—Seguramente es el viento: estas viejas casas tienen siempre la mayoría de sus vidrios rotos.

Así intentó tranquilizarse, como si diciendo eso disminuyera su terror.

En ese momento, el tío se le acercó y le arrebató de la mano la figura que llevaba. El ladrón quedó sorprendido. No entendía qué estaba pasando. Pensó que se le había caído a causa del guante, por lo que la volvió a tomar. El tío repitió el mismo movimiento, pero esta vez dejó la figura en el aire. El hombre, al ver que esta flotaba, pegó un gran grito y bajó corriendo las escaleras, mientras mi tío le decía:

—¡No toquen mis cosas!

—¡Dejen todo y salgamos! ¡La casa está embrujada! —les gritó el ladrón a sus cómplices mientras bajaba.

Los que se encontraban allí se empezaron a reír y a burlarse de él.

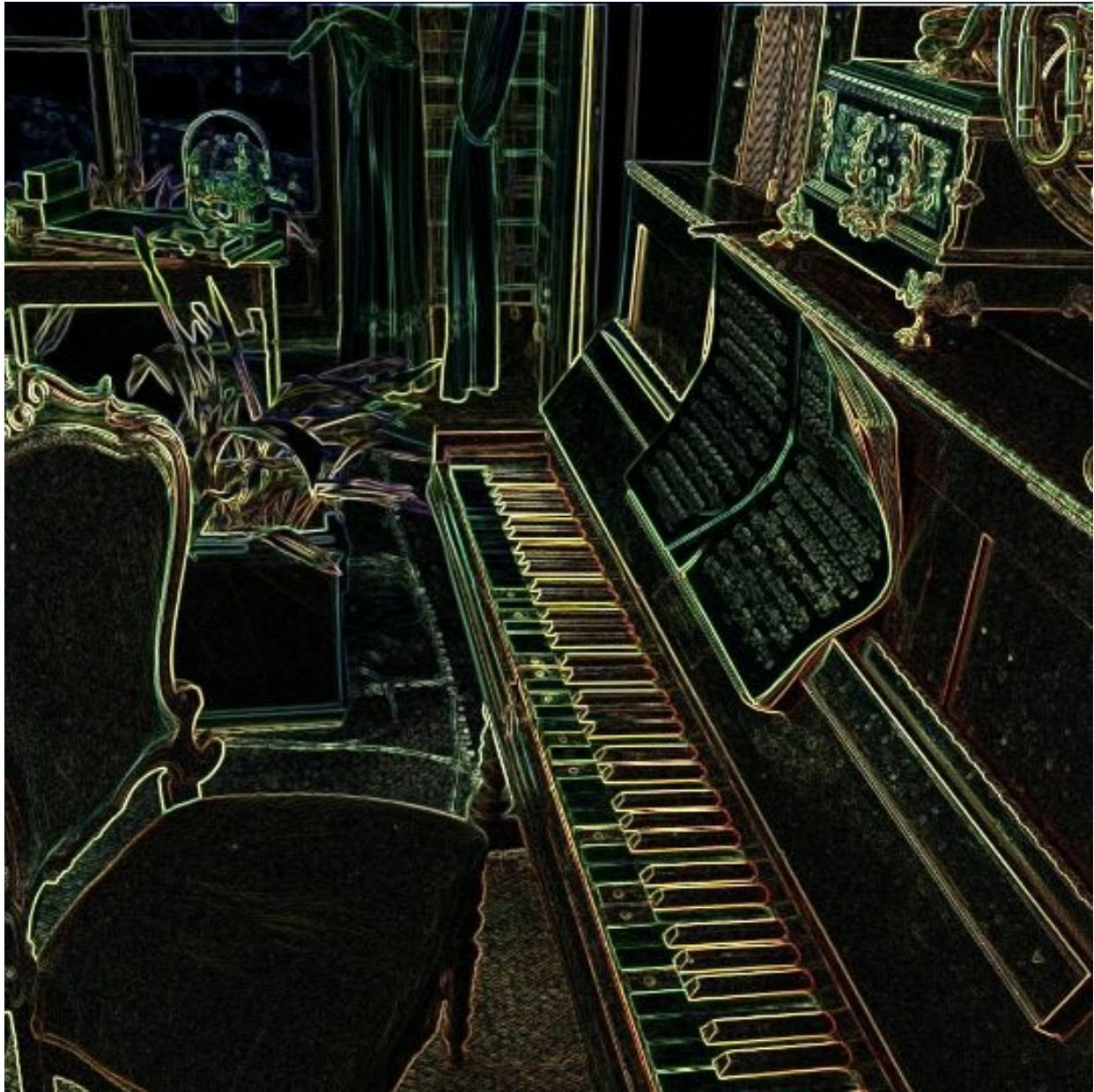
—Hombre, no hagas bromas: ya estás grande como para creer en fantasmas. Sigamos.

—Pero les digo la verdad: recién, arriba, una puerta se abrió sola y luego se cerró con fuerza.

—Eso es el viento, no es ningún fantasma.

—¡Ah, claro! Y que te arranquen un objeto de la mano y quede flotando delante de ti, ¿qué es? —le preguntó a su cómplice, mientras aún mantenía su cara de susto.

—Si quieres irte, vete; nosotros tenemos un gran botín aquí.



Supimos entonces que habría que hacer algo monumental para hacerlos salir de allí y que nunca más intentasen regresar, por lo que nos organizamos y montamos un gran espectáculo. Sandy comenzó a correr por los pisos superiores, riendo lo más fuerte que podía. El señor August empezó a abrir y cerrar las ventanas de la sala, mientras Doris hacía sonar el piano interpretando una tétrica melodía. Ya para ese momento, los tres estaban terriblemente asustados. Dejaron todo lo que habían robado y corrieron hacia la puerta, pero, para su desgracia, Rose se les apareció de frente apenas la abrieron. El grito que pegaron fue tan grande que creo que se escuchó a varios

kilómetros a la redonda, porque afuera empezaron a escucharse los ladridos de los perros de las casas vecinas. Los hombres se quedaron allí, petrificados, y ella atravesó al que se encontraba en el medio y continuó su marcha como si nada. Pensé que ese ladrón se iba a morir del susto: estaba muy pálido y no se movía. Uno de sus compañeros le tiró del brazo y luego lo empujó para que saliese corriendo. Como sentí que debía darles una gran despedida, me les adelanté y fui hasta donde ellos tenían el vehículo con el cual habían llegado. Cuando se subieron y estaban por arrancar, me les aparecí delante y les dije:

—¡BOO!

Arrancaron con tanta velocidad, que dejaron las marcas de los neumáticos en el suelo. Todos empezamos entonces a reír, pues hacía mucho tiempo que nada rompía así nuestra rutina. Ese episodio nos terminó dejando agotados, ya que había sido un gran gasto de energía la que habíamos tenido que desplegar para comunicarnos. Pero éramos conscientes de que eso podía volver a repetirse en otro momento y que debíamos estar preparados, porque si algo le pasaba a la casa ya no tendríamos dónde vivir, y fuera de las cercas, están los guardianes merodeadores que custodian que los fantasmas no nos alejemos de la casa en la cual vivimos. Si te llegan a descubrir, te perseguirán y te cazarán como un tiburón a su presa, arrastrándote con ellos. Son realmente aterradores porque no se los puede ver: solo se siente su presencia, ahí en las sombras, esperando para ponerte sus garras espectrales encima.

Si bien la casa es muy grande, luego de ver las mismas vistas cada día y cada noche uno comienza a sentir curiosidad por cómo será el mundo allí fuera, detrás de esas viejas paredes.

...

Hace un tiempo, unos chicos se acercaron a la casa trayendo unos artefactos extraños consigo. No pude evitar sentir curiosidad y los seguí. Eran dos chicos y dos chicas. Tendrían unos diecinueve años, supongo. Esa caja parecía mágica: de ella salía música, así como reflejos de colores muy bonitos. Mi tío decía que les recordaban a las luces que producían las auroras boreales. Se reían y bailaban. No daba la sensación de que fueran a hacer daño en la casa, pero el señor Mollers empezó a arrojar cosas y los chicos, aterrados, se alejaron de allí.

—Debemos proteger nuestro hogar —dijo con cara muy seria—. No hay que dejar que se acerquen; si no, mañana serán más, y luego muchos más y terminará la casa reducida a cenizas.

Como toda casa embrujada que se respeta, esta estaba cuidada por sus ocupantes fantasmales.

CAPÍTULO 4

“Un camino peligroso”

Cuando bajo a la sala, encuentro a la señora Doris mirando su reloj, que cuelga de una cadena de oro que lleva en su cuello. Ella era la antigua ama de llaves junto al señor August. Vinieron como parte de la herencia que recibió el tío Eliot cuando se hizo cargo de los negocios de la familia. Son un matrimonio mayor. Ella, aunque no lo parezca, probablemente ronde los setenta años, y él creo que tiene más. Siempre los vas a encontrar por la casa, como si aún estuvieran trabajando. Ella es una señora delgada, de rasgos duros, con su pelo blanco recogido en un rodete. Viste aún su traje negro, con su cintura ceñida por un cinturón del cual pende un gran manojito de llaves. Antaño se ocupaba de manejar el personal y procuraba que todos realizaran las tareas a la perfección. Siempre fue una señora callada, que conocía cada movimiento en la casa: nada escapaba a sus ojos y sus oídos increíblemente finos. Si algo se caía en otro piso, ella, lo puedo asegurar, lo escuchaba.



Su esposo era el mayordomo. De cabello canoso y abundante, corto y

prolijo, con un monóculo siempre en su ojo derecho, delgado, elegante, servicial y correcto, conoce las normas de protocolo a la perfección. Siempre está ocupándose de que la casa luzca bien, aunque, por más que intente limpiar, el polvo sigue allí. Del botón de su chaleco sale una cadena dorada en cuyo extremo hay un pequeño reloj con tapa que consulta a cada momento, aunque ya no marca las horas. Creo que ese es su ritual.

Ellos fueron una gran ayuda. Pudiendo irse de la casa, no lo hicieron, sino que continuaron allí en los peores momentos. Cuando enfermé, la señora Doris venía hasta mi cuarto y me leía algún libro, mientras yo tomaba algo de la sopa que ella me había traído, y August pasaba cada noche para cerrar los pesados cortinados que tienen las ventanas. Yo siempre le pedía que por favor los dejara abiertos para poder ver las estrellas. Me cuidaron y aún lo continúan haciendo. En las noches más frías y angustiantes, podía sentir a la señora Doris entrar a mi cuarto y sentarse en la silla que estaba junto a mi cama, desde donde la escuchaba rezar en voz baja, pidiendo a Dios que me curara. Siempre tuve la idea de preguntarles por qué no habían tenido hijos, puesto que sabía que ambos hubieran sido unos maravillosos padres, pero, como no estaba bien preguntar a los mayores esa y otras cosas, siempre fue un gran misterio para mí.

...

—Señora Doris, ¿vio usted a mi tío?

—Niño Jack, ¿no lo ha buscado en el estudio? Siempre suele estar allí.

—Sí, fui pero no estaba.

La señora Doris miró hacia la ventana y, sin apartar la mirada de allí, me dijo:

—El señor Eliot está en los jardines, puede verlo usted mismo.

Luego de decir esto, se retiró subiendo las escaleras. Abrí la puerta de la entrada y vi a mi tío sentado, leyendo un libro.

—Hola, tío.

Levantó la vista y me miró mientras lo cerraba.

—Si vienes a decirme algo sobre lo que relató nuestro nuevo invitado, la respuesta es: «No».

—Tío, ¡por favor! ¿Acaso tú no tienes ganas de volver a viajar por el mundo?

—Jack, ya hablamos de eso.

—No, no hablamos, tú solamente dejaste en claro que nadie saldría de la casa, y me parece injusto: en tres días ese barco va a zarpar, y es nuestra posibilidad de salir de aquí y ser libres. Jerry dijo que, una vez que estemos en mar abierto, los merodeadores ya no nos podrán perseguir. Eso significa que entonces podremos viajar por el mundo y atracar en los puertos, y que por fin podré conocer todos esos lugares sobre los que tú siempre me contaste.

—Jack, él solamente dijo que no nos atacarían al estar en mar abierto, pero no dijo nada sobre poder bajar a tierra nuevamente. Estar encerrados en un barco en el mar sin poder bajar de él es lo mismo que estar aquí en esta casa, ¿no te parece?

—Perdón que interrumpa —dijo repentinamente una voz detrás de nosotros.

Cuando volteamos, vimos que era Jerry. Ya se lo notaba más tranquilo, pero con la misma idea en su cabeza: eso no había cambiado.

—El niño tiene razón —prosiguió—. Si un espíritu logra subir a un barco fantasma, como es el *Victorius I*, los lazos con la casa se rompen al zarpar, y por lo tanto con sus guardianes. Ellos ya no pueden perseguirlo y capturarlo. Entonces, cuando el barco toca puerto nuevamente, el espíritu se vuelve libre y puede pisar tierra sin ser tomado y arrastrado al vacío. Por eso, cada vez que el *Victorius I* toca puerto, los fantasmas errantes tratamos de llegar a él a como dé lugar para poder subir y así escapar. Pero ese viaje es peligroso, pues no es fácil llegar hasta el barco. Solo hay dos formas de llegar al puerto, y ninguna de las dos es sencilla.

—¡Jerry, cuéntanos, por favor!

—¡Jack, no!

—Pero, tío, déjalo que cuente, por favor.

El tío en ese punto ya estaba resignado y sabía que, dijera lo que dijera, yo quería saber cómo se podía acceder al barco.

—Bueno, Jerry, cuéntenos.

—Los viejos conductos que salen debajo de esta casa dan con los ductos del sistema del metro: ir por allí es lo más seguro, porque no hay devoradores.

—¿Y qué son los devoradores? —le pregunté a Jerry, porque no sabía qué eran y su nombre no me gustaba en absoluto.

—Es muy peligroso cruzarse con ellos, pues se alimentan de la energía de los demás fantasmas y los devoran. Son entidades oscuras. Generalmente van en grupos de tres o cuatro, con sus vestiduras hechas jirones, y se envuelven en halos de color negro. Sus ojos son brillantes pero en su interior están vacíos, y se pueden ver a varios metros de distancia, lo que muchas veces te permite escapar de ellos si es que tienes suerte. El camino del metro...

—¿Qué es el metro?

—¡Jack, por favor, deja que cuente!

El tío Eliot parecía estar más ansioso que yo y no quería que siguiera interrumpiendo el relato.

—¡Perdón, no hablo más! Sigue contando, Jerry.

—El metro es un ferrocarril que, en vez de tener sus vías sobre la calle, las tiene debajo de la tierra y transita por túneles que unen distintos puntos de la ciudad. Allí, en esos túneles, está el hogar de muchos espíritus solitarios, llamados así porque prefieren permanecer solos, alejados de los demás. Deambulan sin rumbo fijo de un lado a otro por los intrincados pasajes y túneles. No les gusta la compañía. Si te cruzas con uno, debes dejarlo seguir tranquilo su camino, respetar su decisión y no interferir. El sistema del metro tiene estaciones en las que la gente sube y baja, y esas estaciones comunican

con el mundo exterior, donde está todo lo bello: las plazas y parques, los museos, teatros, puentes... Es muy lindo allí fuera: yo muchas veces llegaba hasta la salida de la estación Grand Central y desde allí miraba hacia el puerto y podía ver cómo, a lo lejos, partían los barcos. Por unos instantes me alejaba así de mi realidad y me sentía libre, pero eso no duraba mucho...

—Bueno, ¿ves, tío? Podemos ir por ahí, no es tan difícil.

—Jack —siguió Jerry—, ese camino, si bien no tiene peligros dentro de los túneles, los tiene fuera de ellos, arriba, donde está lleno de guardianes merodeadores que, apenas pusieses un pie en el exterior, te detectarían de inmediato y no lograrías nunca llegar al puerto, sino que serias apresado y terminarías desterrado, cumpliendo la condena de tu desobediencia en la nada.

—Ah, está bien —mi sensación de desánimo era imposible de disimular—. ¿Y el otro camino?

—Bueno, el otro camino es por los conductos del desagüe de la ciudad. De allí vengo yo, donde estamos todos los espíritus errantes. Somos los vagabundos del plano espectral. Siempre estamos intentando encontrar un hueco por donde filtrarnos para ingresar a una casa en la superficie, para lograr salir y escapar de esa realidad que nos atormenta cada día o, como en este caso, para tratar de subir al barco. Por suerte, en los túneles están los guías, que son espíritus buenos y que no pueden ser atacados por los devoradores. Es más, los devoradores les temen. Los guías acompañan a los que recién llegan y ayudan a los que están perdidos. Si entraron allí por accidente, los ayudarán a salir a salvo de los devoradores. También muchas veces asisten a los errantes que, como yo, quieren escapar y que realmente se han arrepentido de sus crímenes y malas decisiones que los llevaron allí. Si logras dar con un guía y evitas encontrarte con los devoradores, se puede salir de los conductos del desagüe y llegar al puerto. Hay un conducto al final que es el que te lleva hasta la Dársena 2, donde está atracado el barco. Sale directo al agua, por lo que subir desde allí es sencillo y evitas que los guardianes te puedan atrapar.

—Bueno, no se ve tan mal: solo tendríamos que dar con un guía allí y listo, ¿no?

—No es tan fácil dar con uno: hay que buscarlos, porque siempre están ayudando a alguien más, y debes tener suerte de que te puedan acompañar y de que...

—Los espíritus devoradores no te traguen —acotó el tío Eliot.

CAPÍTULO 5

“El inevitable paso del tiempo”

Doris y August estaban en el salón mirando por la ventana y escuchando desde allí la conversación que tenían Jack, Eliot y Jerry.

—¿Crees que haya sido buena idea que dejáramos entrar a ese caballero a la casa?

—No lo sé, August: a cada momento que pasa empiezo a dudar más de su presencia. No me gustaría que siga llenando de falsas expectativas al niño Jack: es un niño que ha sufrido mucho. Y tiene tantos sueños que no logró llevar a cabo, que temo que este señor Jerry lo lleve por un camino sin retorno.

—Justamente eso estaba pensando. Tú has oído todos los peligros que hay allí: creo que esta vez debemos dejar de lado ciertas formas y hablar con el señor Jerry para advertirle que deje de inmiscuirse en los asuntos de esta familia.

—Si no logra acomodarse a nuestras normas, August, será mejor que se vuelva por donde entró. Pero tienes razón, debemos hablar con él.

Estaban decididos a proteger a Jack, así como lo habrían hecho con todos los demás integrantes de la familia, si bien por él sentían un particular aprecio.

...

Esperaron a que Jerry entrara del jardín y ambos lo abordaron como si fueran leones protegiendo a sus crías.

—Caballero, nos gustaría cruzar con usted unas palabras, ¿sería tan amable de acompañarnos al estudio, por favor?

No querían hablar allí abajo ya que Jack podía entrar en cualquier momento

y no deseaban que los escuchara. Jerry los acompañó, subieron las escaleras e ingresaron en el estudio.

—Tome asiento, por favor.

Jerry, como si fuera un preso que estaba por ser juzgado ante el tribunal más terrible de la historia, tomó asiento en el sillón verde que se encontraba en el centro del salón y, con toda resignación, se dispuso a escucharlos.

—Señor Jerry, le hemos pedido que suba porque no deseamos que esta conversación se malinterprete por otras personas, y por eso mismo le vamos a pedir la más absoluta reserva.

—Sí, totalmente, señora Doris. Pero ¿qué puede ser tan importante, o qué es lo malo que he hecho? Porque, a juzgar por sus caras y por todo el misterio que le están dando a este asunto, me atrevo a suponer que he cometido alguna falta. ¿O me equivoco?

—Señor Jerry, no se equivoca usted en lo más mínimo: hemos estado viendo con mi esposo cómo ha ilusionado al niño Jack con esos cuentos de un barco fantasma que lo puede llevar a recorrer el mundo.

—Perdón, señora, pero, si me disculpa, no son cuentos: es la verdad.

—Disculpe, caballero: lo que a mi esposa y a mí nos tiene muy mal es que con esas historias usted está influenciando a un pequeño que ha tenido una vida muy difícil y complicada. Ha fallecido muy tempranamente y ese deseo incumplido lo ha venido torturando desde hace muchos años. Y ahora aparece usted, le cuenta de ese barco, y, señor, ¿cómo no va el niño a querer ir y subir a él, si es lo que ha deseado siempre? Pero si usted conoce todos esos grandes peligros a los que puede ser sometido, no entendemos cómo puede seguir alentándolo a semejante locura. Usted puede hacer lo que se le ocurra, pero le pedimos que piense mucho antes de seguir arrastrando a un niño a las bocas del infierno.

Jerry se quedó en silencio. Debía medir muy bien sus palabras, porque los comprendía: él sabía que el camino era muy difícil y que estaba lleno de dificultades. Pero también que, si lo lograban, sería maravilloso.

—Señores, aquí el que decide es el señor Eliot, no yo. Si él lo considera bien, cosa que, como están dadas las circunstancias, no creo, porque él tiene, al igual que ustedes, muchas dudas por las mismas razones que plantean, tal vez Jack pueda ir. Si no, se quedará aquí, como todos ustedes, preso entre estas paredes lujosas. Porque eso son: una gran y lujosa cárcel; y eso es lo que Jack siente. Y ahora, si me disculpan, me voy a retirar.

Se levantó del sillón y salió de allí, dejando a los señores Mollers mas ofuscados que antes.

—¡Qué señor mas horrendo! —exclamó Doris—. Espero que se marche pronto.

—Sí, cariño, descuida que lo hará. Lo que me preocupa es que no lo haga solo.

Tras decir eso, el señor August salió de la habitación.

...



Ya la casa ha perdido con el tiempo su encanto original. Todos recordamos cómo se veía. A pesar de mantener el mobiliario intacto, las paredes, telas y empapelados muestran notorios signos del paso del tiempo. En la parte delantera está el salón y comedor formal, con sillas de madera tallada, donde abundan los encajes y bordados con telas florales. Las grandes ventanas están cubiertas con paneles de vidrios de colores, y tienen cortinajes pesados, adornados con flecos y borlas de bola. Las mesitas con tapa de mármol, con muchos adornos y jarrones antiguos; los sillones tapizados en terciopelo, con sus patas talladas, repletos de almohadones. Allí mi mamá leía todas las tardes algunos de los libros de la gran biblioteca que el tío tenía, llena de historias de barcos, novelas y cuentos. Debajo de la mesa de café se puede ver una hermosa alfombra oriental sobre la cual me gustaba acostarme para mirar los bellos detalles del techo y las cornisas de la habitación mientras ella me relataba las historias del libro y podía viajar por esos maravillosos mundos de fantasía, ser marinero, pirata, soldado o guerrero de algún reino lejano, salvar a la princesa atrapada en la torre o luchar con feroces dragones.

Los paneles de madera revisten toda la sala, y un balcón del corredor del piso superior enmarca las dos grandes aberturas laterales que comunican al comedor. Justo en medio de estas dos, debajo del balcón, se puede ver un gran mueble de madera oscura tallada, con dos puertas a ambos lados. Allí muchas veces lograba encontrar algunos dulces que me dejaba la señora Doris, que, como quien no quiere la cosa, los ponía siempre procurando que yo estuviera cerca para verlo. Luego se marchaba y hacía como que no me veía mientras yo abría sigilosamente las puertas y asaltaba el botín, con el cual huía para compartirlo con Freddy, ya que sus padres no le compraban golosinas dado que eran muchos para comer y el dinero escaseaba, por lo cual aquellos eran lujos que no podían darse. Cuando yo llegaba a su casa con los bolsillos gordos, él ya sabía lo que significaba. Corríamos rumbo al lago y nos hacíamos un festín, atorándonos de felicidad.

Miro a mí alrededor y me da mucha tristeza ver que nada podemos hacer para frenar lo inevitable. En algún tiempo, la casa comenzará a transformarse en las ruinas de un pasado glamoroso, y yo no quiero estar aquí para verlo; porque sé que, hagamos lo que hagamos por evitar que entren, puede que un día ya no podamos hacerlo, o que el simple enemigo silencioso del paso del tiempo vaya comiendo de a poco la casa hasta que esta simplemente muera,

como todos los que en ella hemos habitado. Tengo tres días para lograrlo; en realidad ya tengo menos, pero no pierdo las esperanzas de terminar convenciendo al tío.

CAPÍTULO 6

“Sandy”

La voz de una pequeña niña que corretea por el piso superior y por momentos canta una vieja canción en alemán me hace pensar que, si decido irme, también será difícil dejarlos a ellos acá.

Subo por la escalera y me dirijo por el pasillo que comunica con la habitación en la cual le gusta estar a Sandy. La casa tiene una torre al frente y dos torreones atrás: allí están el estudio, dos dormitorios y la biblioteca. Dan una sensación de castillo, ya que son de tres pisos de altura. Estas torres son realmente impresionantes. Dentro de una de ellas hay un dormitorio infantil. Gran parte de su pared frontal está cubierta por tres ventanales con pesados cortinajes. Entre cada ventana hay cuadros con marcos dorados, y, del lado derecho, una cama con un pesado dosel sujeto con tiras que terminan con borlas en sus extremos. Todo el piso está cubierto por una gran alfombra de pared a pared, roja, negra y blanca, con dibujos en ella. En el centro hay una mesa pequeña con un viejo juego de té de color blanco, el cual está adornado con flores pintadas a mano de color rosa y con bordes en oro tanto en las tazas como en los platos. Las tres sillas celestes tienen estrellas blancas pintadas sobre el respaldo y el asiento. Sobre dos de ellas hay un par de muñecos sentados, uno de los cuales es un oso de color marrón claro que viste un enterito a rayas color azul que en sus botamangas decoradas tiene vivos en escoses, rojo, azul y blanco, los cuales también se repiten en la pechera, la cual está sujeta a los tirantes por dos grandes botones rojos. Todo lo que allí se encuentra perteneció a la hija de Eliot, y allí justamente suele estar la bella Sandy, una pequeña que viste un vestido celeste y un moño del mismo color que sujeta su cabello rubio. Debe tener cinco años aproximadamente. Puede vérsela paseando por estos pisos superiores y quedarse en la habitación del torreón jugando con los muñecos. Algunas veces baja al bosque para jugar a las escondidas con Eliot. Yo creo que esto sucede porque él también extraña a su hija.



Es un espíritu juguetón y alegre. Su risa se escucha por toda la casa. A menudo, como hoy, cantando canciones infantiles en alemán. No cuenta mucho sobre su vida o sobre cómo fue que falleció; solo sé que espera que su mamá algún día vuelva para poder reencontrarse con ella.

—Hola, Sandy, ¿me sirves un poco de té?

—Hola, señor, llega usted justo: estamos por empezar a tomarlo. Puede usted sentarse en el piso y acompañarnos.

Su pequeña risa se escucha mientras toma la tetera para servir las tazas.

—¿Desea pastel? Hoy tenemos de moras: exquisito.

—Muy amable, señorita, voy a aceptarle un trozo —le acerco mi plato y ella hace el ademán de que me sirve una rebanada—. Sandy, ¿has notado al nuevo caballero que llegó a la casa?

—Sí, lo vi en los jardines cuando hablaba contigo y con Eliot.

—Bueno, él justamente nos contó que existe una posibilidad de salir y ya no estar atrapados en esta casa. No es un camino fácil, ya que hay muchos

peligros, pero creo que podríamos llegar a lograrlo.

—¿Me estás diciendo que te vas?

—Bueno, no... Bah, en realidad, sí, no sé... es una idea. Yo ya hace mucho que quiero ver cómo es la vida fuera de esta casa. Siempre soñé con conocer el mundo, y, ahora que Jerry apareció y nos contó sobre un barco y que podemos irnos, tengo muchas ganas de hacerlo, aunque no sé si el tío Eliot me dará permiso.

—Te voy a extrañar si te vas, porque siempre todos se van y yo me quedo sola. Ya me pasó con mi familia. No quiero estar sola, no me gusta estar sola, pero tampoco me quiero ir de aquí, porque sé que tal vez algún día mi mamá regrese, y se pondrá muy triste si no me llegara a encontrar. Si tú te vas a ese barco del que me cuentas, después de dar vueltas por el mundo puedes volver y visitarme de vez en cuando, ¿no?

Su mirada me estremeció por completo, porque no sabía qué responderle. Jerry había dicho que los lazos con la casa se cortaban, y eso podía significar que ya nunca más regresaría a ella. Pero no tenía valor de decirle a Sandy que nunca más la volvería a ver, por lo que, ante la duda de la real respuesta, le dije:

—¡Claro que te voy a venir a visitar! Sos mi mejor amiga aquí, y en todo el mundo.

—¡No mientas! Tu mejor amigo es Freddy.

—Freddy fue mi mejor amigo, pero eso fue hace mucho tiempo y nunca más lo volveré a ver, Sandy.

—¿Por qué dices eso? ¿Porque seguramente ya murió? Mi mamá también, y hace mucho más que tú, pero no pierdo las esperanzas de que algún día vuelva y me busque.

Esta pequeña sabia me acababa de dar una gran lección: la de nunca resignarse. Y justamente eso pensaba hacer.

CAPÍTULO 7

“Capitán Freddy”

Con la llegada de la epidemia de gripe en 1880, muchas familias se vieron obligadas a dejar el pueblo y huir a otras localidades del interior. La mañana de ese lunes, la madre de Freddy preparaba con gran apuro los bolsos para sus hijos. Era urgente que se fueran antes de que se enfermasen, como ya le había sucedido al amigo de su hijo, Jack. No había tiempo que perder.

—Junten todo rápido, que el tren sale en una hora y debemos llegar a la estación. Freddy, por favor, ve a fijarte que tus hermanas estén listas. Yo voy cargando las cosas en la carreta.

Freddy no quería irse sin antes despedirse de su amigo, pero sabía que eso era imposible porque seguramente se contagiaría. Esperaba volver cuando todo estuviera mejor y pudiera ya verlo nuevamente y jugar con él.



—Vamos, Melissa, apúrate, que mamá quiere que salgamos ya. No puedes llevarte todas tus muñecas: lleva algunas y luego la abuela te hará otras cuando lleguemos.

Su hermanita tenía cinco años. Era la menor de los cuatro. Freddy era el tercero, tras Richard, el hermano mayor, que tenía diecisiete, y Susan, su otra hermana, que tenía doce.

—¿Vamos? —les preguntó su mamá.

—Sí, mamá, vamos.

Levantó un par más de muñecas y, mientras lo hacía, vio la cara de felicidad de su hermanita. «Ya es bastante con que tenga que dejar atrás la casa y a todos sus amigos: por lo menos que pueda llevar sus muñecas», pensó.

Llegaron a la estación del tren. La gente se agolpaba en los andenes. Familias enteras subían con lo mucho o poco que tenían. Algunos niños, como ellos, viajaban solos. Era muy triste ver las expresiones tanto de los que se iban como de los que se quedaban. Subieron al vagón y ocuparon sus asientos pegados a la ventanilla. Desde ahí podían ver cómo de a poco el humo empezaba a salir debajo de la máquina, la cual emprendió la marcha y comenzó a alejarlos de sus padres, quienes los saludaban con sus manos en alto mientras se hacían más pequeños en el andén y eran tapados por la multitud. Esa sería la última vez que verían a sus padres, ya que estos, como la mayoría en el pueblo, terminarían enfermando.

...



Luego de varias horas de viaje, llegaron a destino. Cuando descendieron, vieron a sus abuelos John y Mary, que los estaban esperando en el andén. Con los brazos abiertos los recibió su abuela, que, aunque estaba triste, también sentía más tranquilidad sabiendo que sus nietos estarían a salvo allí. Salieron de la estación y subieron las cosas a la carreta de su abuelo. Por las calles ya empezaban a verse algunos autos. Allí era distinto porque sus abuelos vivían en la ciudad. Ellos miraban todo con mucho asombro: las señoras arregladas elegantemente, paseando por las calles, otras conversando, ajenas a todo lo que vivían en el pueblo del cual ellos venían. El abuelo se detuvo unos instantes frente a un negocio, y allí, al mirar hacia dentro, Freddy pudo observar a un grupo de mujeres en el interior de una tienda de ropa elegante. Junto a ellas, en el piso, había dos perritos que jugaban entre sí. Lo que le llamó la atención fue la mirada de desprecio que puso la señora que estaba allí, de pie junto a una mesa llena de ropa y artículos de lujo, la cual llevaba un largo vestido negro con un estampado floral que iba desde el canesú hasta la cintura alta, y que tenía su cabello negro recogido con un sombrero tipo capelina. Sintió una gran vergüenza y pudo imaginar lo que estaría pensando esa mujer adinerada, que veía llegar a unos niños pobres que huían de su pueblo y que podían estar trayendo consigo la epidemia.

...

Al llegar a la casa de sus abuelos, bajaron de la carreta. El trayecto había sido silencioso: ninguno había hablado del pueblo, de la epidemia o de sus padres. Sus abuelos habían evitado tocar esos temas, y ellos también.

—Muy bien, mis muchachos, vayan bajando y entren a la casa —les dijo su abuela—. Les prepararé el altillo: allí van a estar cómodos. Luego, con tiempo, nos ocuparemos de arreglarlo y ponerlo bonito. También vamos a coser algunas muñecas y cortinas lindas para Melissa.

Aunque lo intentaba, no podía ocultar su estado de ánimo, ya que los ojos se les llenaban de lágrimas que hacía fuerzas por contener.

—Gracias, abuela, seguro que va a estar perfecto —le dijo Freddy mientras ella le acariciaba la mejilla.

—Has crecido mucho, mi muchacho: ya eres todo un hombre.

—Sí, uno con mucha hambre... ¿tendrías algo para comer?

—Sí, por supuesto: dejen sus cosas y bajen, así les sirvo.

Se enjugó las lágrimas con la mano, y arregló el mechón de pelo que se había soltado de su rodete, mientras se dirigía al otro extremo de la sala dando un profundo suspiro.

La mesa estaba preparada con seis platos. En el fogón, una olla humeante desprendía un delicioso aroma a verduras cocidas y carne. Hacía tanto que no comían bien, que en ese momento Freddy llegó a agradecer la epidemia. Se sentaron y, tras dar las gracias, cenaron todos en silencio. Al notar que su abuela lo observaba, Freddy le devolvió la mirada con una sonrisa mientras tomaba la cuchara del plato y saboreaba un trozo de carne.

...

Las semanas pasaban y seguían sin recibir noticias del pueblo. Freddy pensaba en sus padres. Y también en su amigo que había quedado allí, solo con la madre, ya que el padre había huido con el dinero que le había robado al hermano. Y más solos dado que las señoras adineradas habían dejado de

saludarlos, lo cual era como un castigo más para la pobre Susan. Ahora, esas mismas que antaño se le acercaban para elogiarle sus vestidos en las galas de la ópera hablaban a sus espaldas y le criticaban que ya no tuviera ni para comer.

...

Una tarde, luego de varios meses, el cartero llegó a la casa con un telegrama amarillo en la mano. Lo recibió el abuelo. Freddy, que se encontraba ayudando a su hermana a leer, vio la escena desde lejos, pero, aun sin llegar a escuchar lo que el telegrama decía, pudo darse cuenta de que no eran buenas noticias, puesto que sus abuelos se abrazaron y notó que Mary comenzaba a llorar.

—Quédate aquí un instante, sigue leyendo, que yo ya vuelvo.

Se levantó del suelo y se dirigió hacia donde sus abuelos estaban.

—Abuelos, ¿qué ocurrió? ¿Papá y mamá están bien?

No necesitó escuchar la respuesta: ya sus caras lo dijeron todo.

...

Desde ese momento, él y sus hermanos se quedaron a vivir con sus abuelos. Freddy creció y, cuando tuvo dieciséis años, entró a trabajar en la compañía marítima West London, siguiendo los pasos de su hermano mayor, quien lo ayudó a ingresar. Allí pudo estudiar, y durante los años siguientes se preparó en todo lo que necesitaría saber si quería convertirse en un capitán, ya que estos se encargan del negocio, la navegación y el funcionamiento de todo tipo de embarcaciones, además de trabajar con oficiales y tripulaciones para establecer la velocidad y el rumbo de un barco, estar atentos a las posiciones de este y evitar los peligros, asegurarse de que se mantengan bien los motores y equipos del barco y que se sigan los procedimientos de seguridad adecuados.

...

Su gran interés por aprender, trabajo duro y perseverancia había hecho que

en la empresa de a poco le fueran confiando mayores responsabilidades.

Era el año 1884 y estaba a bordo del recientemente bautizado *Victorius I*. Sentía una mezcla de orgullo y felicidad: todo era nuevo e impecable, como su uniforme reluciente. Sus zapatos estaban prolijamente lustrados como un brillo de espejo. Recorrió el barco para ponerse al día y conocer todos los detalles de su nuevo hogar: un vapor mixto de carga y pasajeros que fue uno de los primeros buques civiles en usar energía eléctrica como fuente de iluminación autogenerada por un dínamo e iluminación artificial en lugar de las lámparas de aceite que utilizaban los barcos. Era un gigante que contaba con camarotes de primera, segunda y tercera clase, salones para recreación de los pasajeros de primera, música que ofrecían las orquestas a bordo, comedores lujosos y salones para los caballeros donde se reunían a fumar y hablar de negocios, además de una eslora de 94 metros, manga de 12 metros, propulsión de cuatro calderas, una máquina de vapor compuesta, una hélice de cuatro palas y capacidad para 350 personas. El buque estaba equipado con cuatro mamparos estancos. También disponía de ocho botes salvavidas, dos botes de madera y cinco balsas. Llevaba 530 salvavidas.

...

Con el transcurso de los años, fue haciendo carrera en la empresa. De a poco fue ascendiendo y llegó a convertirse en capitán: había cumplido su sueño y viajaba ahora por el mundo. Algunas veces hacía la misma ruta que en su época había realizado Eliot, y logró así conocer todos los monumentos sobre los que él les había contado. Cada vez que llegaba a un destino, dejaba un papel con el nombre de su amigo, "Jack". Ese era su pequeño homenaje hacia él: de esa forma sentía que su amigo lo acompañaba en el viaje.

...



El 27 de febrero de 1915, el *Victorius I* zarpó del puerto de Mombasa, en Kenia, con 215 pasajeros a bordo, más la tripulación. Ya a la tarde, se vio envuelto en una gran tormenta y luego en niebla, lo cual ponía intranquilo a Freddy. Si bien había reducido la marcha por precaución, no todos lo habían hecho, y la imprudencia de otro capitán provocó que lo chocara el *Edward I*, que de la nada vino directamente hacia ellos. No se podía entender cómo no desaceleró, cómo continuó el curso de forma tan temeraria e imprudente. Freddy ordenó a su nave poner plena marcha atrás, pero ya era demasiado tarde: el otro barco golpeó el costado del *Victorius I*. Freddy les indicó a los pasajeros que fueran a los botes salvavidas y que los bajarán. El tiempo se agotaba y era urgente salvar a quienes viajaban en su barco y a la tripulación. Un pasajero, al oír la conversación del capitán con su oficial, entendió la gravedad de la situación y, preocupado por la seguridad de sus compañeros de viaje, comenzó a ir de cabina en cabina, tocando cada puerta. Muchos pasajeros no respondieron, mientras que otros se prepararon apresuradamente para abandonar el barco. Ayudó a cuantos pudo y luego subió al bote salvavidas junto con algunos tripulantes del barco, justo antes de que todo terminara.

Con el paso de los minutos, todo se veía envuelto en caos. Las familias se desesperaban por subir a los botes salvavidas; los niños lloraban y las madres intentaban calmarlos apretándolos contra su pecho. Nada más se podía hacer por ese gigante que era devorado por las aguas. El barco se hundió debido a los grandes daños; el impacto fue fatal, y el agujereado *Victorius I* comenzó a escorar a estribor y a hundirse por la proa. Quince minutos después de la colisión, el barco comenzó su caída final. La popa se elevó del agua y la nave se deslizó por debajo de las olas, inclinándose en cuestión de segundos. Una vez que el barco se encontró completamente bajo el agua, una gran explosión hizo que muchas de las personas que se hundían con el *Victorius I* pudieran salir a la superficie y que evitasen así ser arrastradas por él al fondo del mar. Cuando el barco se estaba hundiendo, el Capitán Freddy ingresó al puente y cerró la puerta; a continuación, agitó las manos en un saludo final. Eran las 23.05 del 27 de febrero del año 1915. Los sobrevivientes del naufragio de ambos barcos se quedaron en los botes salvavidas por varias horas hasta que llegó un buque a rescatarlos. Todos ellos relataron cómo había ocurrido todo y mencionaron la velocidad con la que el barco desapareció de la superficie del agua para hundirse en las frías y oscuras profundidades del mar.

Desde ese trágico día, el *Victorius I* navega las aguas del mundo rescatando a los fantasmas errantes y dándoles una nueva oportunidad. Cuando arriba a algún puerto, la voz empieza a correrse rápidamente y muchos tratan de llegar a él y subirse. Pero el camino no es fácil, ya que hay muchos peligros que superar para alcanzar la tan ansiada libertad.

CAPÍTULO 8

“No todos se van, algunos se quedan”

Cuando morí, al principio fue confuso. Estaba en la casa pero nadie podía verme. No podía tocar nada porque mis manos atravesaban las cosas, y lo peor fue que no podía abrazar a mamá, que estaba allí llorando a mi lado... bueno, al lado de lo que quedaba de mí tendido en la cama. Junto a ella estaban los señores Mollers. Doris tenía un rosario en su mano y lo apretaba fuertemente. August la sujetaba de la cintura con su mano izquierda mientras que con la derecha le tomaba las manos; era como si la estuviera sosteniendo para que no cayera. La primera que vino a mí fue Sandy. Apareció de repente por el pasillo del primer piso, saltando y riendo. Estaba feliz de tener compañía, porque Rose no se cuenta como tal. Me dijo que nos divertiríamos mucho, que ella solía ir a la cocina para esconder las cucharas.

—Ya te voy a enseñar —me dijo—. Hoy no es un buen día porque están todos tristes, pero ya vas a ver. Si practicas mucho puedes hacer cosas divertidas.

...

Una tarde la crucé por el corredor y, dado que yo estaba algo aburrido, le pregunté qué era eso que hace unos días me quería enseñar a hacer con las cucharas. Ella lanzó una risa pícaro y me dijo:

—Ven, sígueme que te muestro, es muy divertido.

Fuimos juntos y, al entrar en la cocina, encontramos al señor August, que estaba sirviéndose una taza de té. Mientras él dejaba la tetera, ella fue y tomó la cuchara que estaba sobre el plato. Cuando él volvió para colocar el terrón de azúcar, notó que la cuchara faltaba, por lo que fue al cajón y tomó otra, poniendo cara extraña. Cuando regresó, para su completo asombro, la cuchara había vuelto al plato sola por arte de magia u obra fantasmal, mejor dicho.



—¡Diablos con los espíritus de esta casa! —dijo.

Justo en ese momento, entró la señora Doris y lo escuchó.

—¡August, por favor, un hombre grande creyendo en fantasmas!

—Mujer, no estoy senil aún, aunque los años no me falten para llegar a eso, pero te puedo jurar que alguien me escondió la cuchara.

—August, ¡la cuchara está justo en tu taza!

—Sí, claro, porque cuando volví con otra esa estaba nuevamente en el plato.

Sandy y yo comenzamos a reír viendo cómo él trataba de hacer entender a la señora Doris que la casa estaba embrujada. Desde ese momento nos hicimos muy amigos y compañeros de travesuras. De a poco aprendí a canalizar mi energía para mover cosas y hacerle bromas a la señora Doris, quien permanecía inmutable ante ellas y siempre le buscaba la explicación más lógica. No así el pobre señor August, que se asustaba con cada cosa que se nos ocurría hacerle.

A los pocos años, ellos dos se unieron al clan. Ahora éramos una gran familia nuevamente: todos allí teníamos a quién extrañar, pero, también, nos hacíamos compañía.

...

Fui al estudio porque quería hablar con el tío Eliot. Subí al tercer piso y caminé por el corredor que conecta las torres entre sí. Cuando llegué al otro extremo, vi que la puerta estaba abierta y entré. En esa habitación se puede ver una gran alfombra bordó y todas las paredes cubiertas de paneles oscuros. Un sillón de madera con su tapizado en capitoné verde se encuentra en el medio del cuarto. Las paredes laterales presentan bibliotecas con gran cantidad de libros, los cuales dan marco a un ventanal con cortinas del mismo color que la alfombra. A los lados de estas hay dos columnas de madera torneada. Todos los vidrios están hechos de vitraux y forman hermosos dibujos geométricos.

Entré, pero el tío no notó mi presencia ya que estaba sentado en su escritorio y tenía la mirada perdida en la ventana. Desde allí hay vista al lago, y este le recuerda su cabina en el *Queen Christine*.

—Hola, tío, no te quiero molestar, ¿estás ocupado?

—Jack, pasa, hace años que no me ocupo de nada. Dime, ¿qué necesitas?

—Yo sé que vas a decir que no, pero aunque sea me gustaría poder ir a las estaciones del metro para así por lo menos conocer algo sin arriesgarnos tanto. Ya sabes cuánto deseo poder salir. La vida fuera de la casona es muy distinta a lo que nosotros vivimos. Jerry nos habló de tantas cosas lindas que me gustaría poder ver...

El tío me miró y empezó a tamborilear sus dedos sobre el escritorio. Hacía eso siempre que estaba a punto de tomar una decisión.

—Jack, déjame que esta noche lo piense y mañana de día vemos, ¿te parece?

Yo sabía que eso era un sí pero que estaba creando suspenso. Eso le encantaba. Sabía que a él también le había gustado la posibilidad de salir de

allí y que terminaría tentándose con la idea de llegar al barco. Pero tenía que ir de a poco, porque, si no, no lograría nada. «Dos días más, quedan solo dos días», me repetía a mí mismo.

Mientras salía de allí, miré por una de las ventanas y vi que Jerry en vano intentaba que Rose le hablara. Ella es una joven vestida de novia que aún espera que su novio venga. Él la dejó plantada en el altar, nunca se presentó, y ella sintió tanto dolor y vergüenza que se lanzó desde una de las torres que rodeaban la mansión anterior y daban a los jardines traseros. A menudo me la cruzo, pero no me dirige la palabra. Solo se pasea, callada. Alguna vez me pareció ver que por momentos llora. Es muy común verla caminando por las terrazas del tercer piso o por los jardines, donde se queda inmóvil mirando hacia la entrada, como ahora. Jamás nos mira ni habla con ninguno de nosotros. Es muy poco lo que sabemos de ella, salvo lo que Sandy nos contó, ya que ellas vivían en la casa anterior. Muchas veces pienso que ella sabe más de lo que cuenta, pero, como evita tocar el tema, no insisto.

Lleva aún su tocado de novia en el cabello, formando una corona que rodea su rodete y adornado con dos tipos de flores en color rojo y rosa. El vestido blanco es elegante y tiene varias capas de encaje y puntilla.

—Jerry, ven —le dije—. Es inútil, nunca te va a contestar, déjala tranquila.

—Perdón, no era mi intención molestar, solo quería conversar con alguien, salí y la vi pasar y... fue tonto, ¿no? ¿Qué le pasó?

—Muy poco sabemos: solo que su novio nunca vino a la boda y, ya ves, ella aún lo espera. Es triste, pero es lo que ella eligió; eso dice mi tío.

—Sí, cada uno elige su destino. Algunos se van, otros nos quedamos, por culpa, remordimiento, por aferrarnos a los bienes materiales, odio, rencor, y por amor, como ella. Qué lástima que... —Jerry se quedó callado de golpe.

—¿Qué ibas a decir?

—Que no quiso irse.

—Yo tampoco quise, pero fue distinto: me quedé por mi mamá.

—¿Y ella dónde está? ¿Vive aquí también?

—No, ella se fue, cuando murió se fue, decidió seguir. Me hubiera gustado que se quedara, pero fue también su decisión.

En ese momento no podía contener la tristeza que tenía. Me hubiese gustado poder estar vivo para llorar, pero no podía. De todas formas, estaba feliz por ella, porque estaba con los ángeles, y porque yo tenía ahora la posibilidad de cumplir mi sueño.

—Jerry, ¿te puedo preguntar algo? Si quieres me contestas, y si no quieres está bien igual.

—Sí, ¿qué quieres saber? ¿Por qué no me fui yo?

Tenía intriga por saberlo, pero también me daba vergüenza preguntar: era algo personal, y no siempre los fantasmas quieren contar ese tipo de cosas. Pero parecía que Jerry sentiría alivio al hacerlo, por lo que me dispuse a escucharlo.

—No fui lo que se dice una buena persona. Cometí muchos errores y lastimé a algunas personas que me amaban. Me metí en problemas con el juego. Mi familia no estaba pasando el mejor de los años, la cosecha se había arruinado por la sequía y las cosas iban de mal en peor. Unos amigos me contaron que en la ciudad había un señor que pagaba mucho dinero a cambio de que jugaras para él, y yo, como era muy bueno jugando al póker, acepté rápidamente. Dejé a mi familia y me fui a probar suerte. Y en realidad me fue muy bien, debo reconocerlo: ganaba la mayoría de las veces, y mi “jefe” estaba muy contento. En muy poco tiempo le había hecho ganar una fortuna, de la cual él me pagaba mi comisión. Comencé a vivir una vida de lujos, esa que aquí en el pueblo no había tenido nunca, pero en esa gran vida olvidé completamente a mi esposa y mis hijos: fue como si nunca hubieran existido. Yo era un hombre nuevo que vivía la vida que me merecía, no quería volver a ser ese campesino pobre que vivía en una casa humilde y que muchas veces no comía. Me dejé llevar, y aún me arrepiento.

—¿Por qué?

—Porque al tiempo, unos años después, luego de una gran borrachera, mi jefe me llamó para que jugara para él, y yo no estaba en condiciones de hacerlo, pero no podía negarme porque él me habría matado, aunque ahora pienso que hubiera sido lo mejor. Esa jugada fue la última que hice: ese día perdí mucho dinero. Mi jefe estaba furioso. Me echó a la calle después de una gran paliza y me advirtió que ni se me ocurriera volver o terminaría conmigo. Y ahí estaba, años después, igual a como había llegado: en la calle y sin dinero. Por eso decidí volver aquí, al pueblo. Pero, cuando lo hice, no encontré a nadie: ya mi mujer y mis hijos no estaban, habían enfermado con la epidemia de gripe y... —Jerry se quedó en silencio.

—¿Puedo preguntarte qué pasó contigo?

—No pude aguantar tanta culpa y me ahorqué en mi casa. Pero, a diferencia de a ti, a mí sí me vinieron a buscar, y fueron ellos...

—¿Los guardianes? —pregunté con intriga.

—No, los demonios. Ellos me arrastraron de aquí y me arrojaron a los conductos del desagüe para que viviese toda la eternidad como las ratas, en ese lugar oscuro, sucio y con la amenaza constante de ser atacado por los devoradores. Al tiempo de estar allí, conocí un guía que se apiadó de mí al ver mi arrepentimiento y me dijo que me ayudaría a escapar, aunque ahora que lo pienso no sé si lo merecía: tal vez debí quedarme allí abajo, cumpliendo mi condena.

En ese momento sentí mucha pena: su historia me recordaba mucho a la mía, y pensé en papá.

CAPÍTULO 9

“Una difícil despedida”

A la mañana, el tío Eliot nos reunió a todos en el estudio. Tenía algo importante que decirnos. Yo estaba muy ansioso pero a la vez nervioso: ¿qué pasaría si el tío decía que no, si nos teníamos que quedar y nunca llegábamos a tomar ese barco? Había llegado al punto en que no podía continuar más allí: quería irme, pero tampoco me gustaba la idea de fallarle al tío y desobedecerle.

De a poco fueron llegando todos. Los señores Mollers pusieron un gesto de desagrado en sus rostros cuando lo vieron entrar a Jerry a la habitación. No logré escuchar qué era lo que murmuraban entre ellos, pero no se los veía felices. El tío estaba particularmente nervioso. Nunca lo había visto así, y su estado me contagiaba sin que pudiera hacer nada para disimularlo. Sandy, ajena a todo como siempre, entró saltando y riendo. Vino directo a mí y me tomó la mano. Tras un silencio abrumador, que provocó que la tensión se sintiera flotar como una bruma espesa que impregnaba todo, el tío aclaró su garganta y nos habló:

—Estuve pensando mucho en todo lo que pasó desde que Jerry llegó a través de los túneles de esta vieja casa, y también he reflexionado en la posibilidad de irnos... Todo lo que nos ha contado es realmente muy tentador: hay un mundo diferente allá, muchas cosas que no conocemos y que son muy atractivas. Por todo ello, tomar una decisión ha sido muy difícil.

Yo estaba que no podía contener tanta emoción. Traté de aguantar, pero disimular era muy difícil.

—Jack, quiero que me escuches y dejes de saltar.

—Perdón, tío —le contesté, mientras me aferraba con fuerza a la mano de Sandy para que me mantuviera con los pies en la tierra.

—Hay una posibilidad de irnos. Pero el camino es peligroso. Todos hemos

escuchado lo que Jerry nos contó: espíritus que atacan fantasmas, lo que puede significar perderse para siempre. Pero también hay luz al final de los oscuros túneles del desagüe: la esperanza de llegar y subir a ese barco nos volvería libres, ya no nos tendríamos que preocupar de ser atacados por los guardianes, podríamos vagar libres por siempre. Los que deseen quedarse en la casa pueden hacerlo. Y los que quieran pueden acompañarnos.

El señor y la señora Mollers no necesitaron demasiado tiempo para tomar una decisión: ellos siempre supieron que su destino estaba allí, entre las paredes de esa casona que habían visto construir desde los cimientos en 1840 y que consideraban su hogar. Nunca la dejarían, ya que tenían que defenderla de los intrusos que cada tanto intentaban entrar para robar. No deseaban ir a ningún otro lado: ese era su lugar, y lo sabían.

—Señor Eliot, queremos darle las gracias por el ofrecimiento, pero nosotros nos quedaremos. La idea de alejarnos de estas paredes está completamente descartada: seguiremos aquí mientras se mantengan en pie.

—Sí, me imaginé que esa sería su respuesta, y la respeto. ¿Y tú, pequeña Sandy? Sabes que me haría muy feliz que vinieses conmigo.

Sandy soltó mi mano, se acercó a Eliot y, luego de darle un gran abrazo, le respondió:

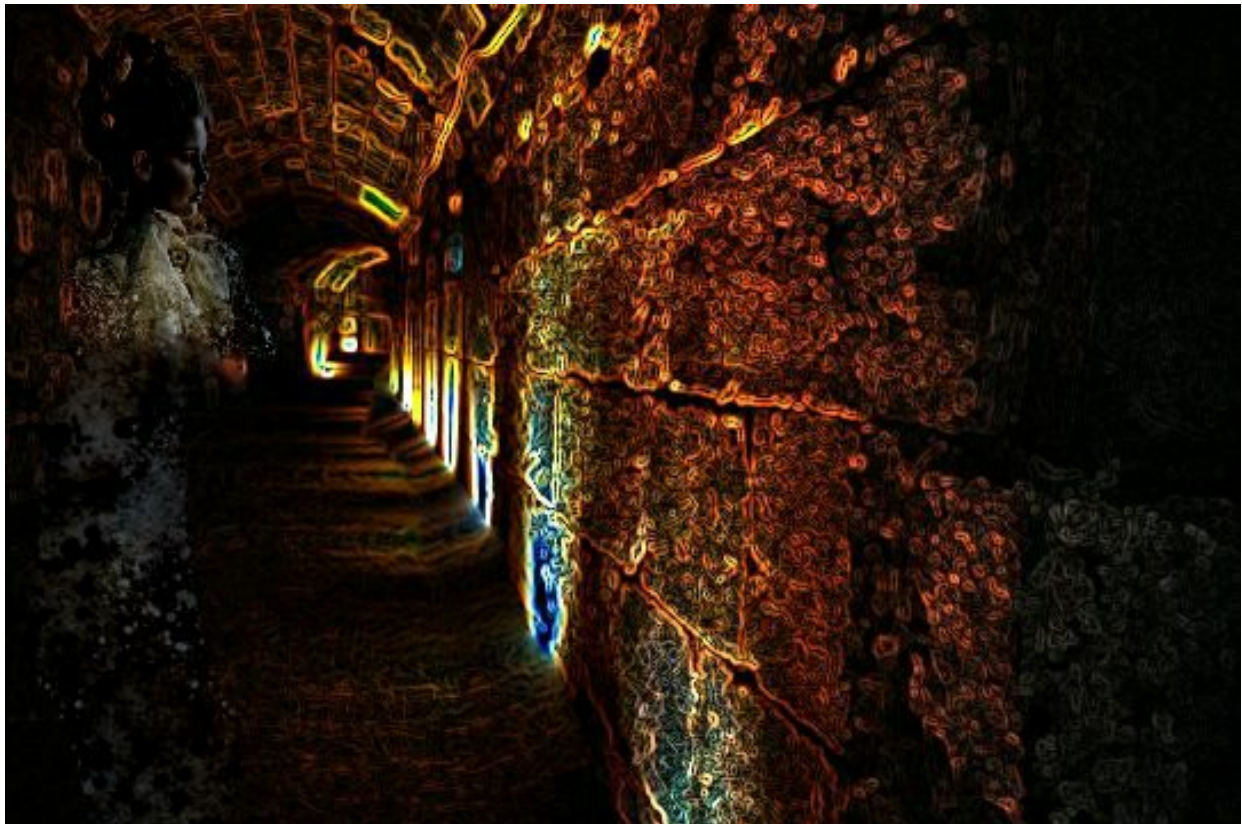
—Me encantaría ir, pero no me es posible: mamá puede volver algún día y quiero estar aquí cuando eso ocurra. Además, tengo que cuidar a August y Doris: están muy viejitos —susurró, tras lo cual dejó escapar una de sus típicas risitas traviesas.

—Bueno, nos queda hablar con Rose, pero igual creo que es muy obvia su respuesta... En un rato estaremos partiendo.

Sandy salió al jardín y los señores Mollers volvieron a la sala. A la señora Doris se la veía muy afectada; era como si una nube la envolviera y fuera decolorándose a medida que se alejaba de nosotros y bajaba las escaleras. Nos quedamos los tres en el estudio y empezamos a planear cómo haríamos para llegar al puerto. Debíamos pensar muy bien nuestros pasos: no había que dejar nada librado al azar. El tío comenzó a interrogar a Jerry sobre qué otros

cuidados debíamos tener al entrar allí en los túneles del desagüe. Jerry nos explicó que en todo momento debíamos tratar de no perder la calma: el lugar era lúgubre y siniestro, y allí era muy fácil perder la cabeza y enloquecer. Debíamos evitar llamar demasiado la atención, tratar de no cruzar palabra alguna con las almas perdidas de allí dentro, porque nos podían arrastrar consigo, y no mirar a nadie a los ojos. Pero, por sobre todo, no debíamos pasar demasiado tiempo en esos conductos: había que entrar y tratar de llegar lo más rápido posible a puerto para no absorber la energía que inundaba el lugar. Si nos perdíamos allí dentro sería nuestro fin.

...



Un rato antes de irnos, salí al jardín para ver por última vez el paisaje. En parte me daba pena dejar todo eso atrás: esa casona había sido mi hogar durante muchos años; y los fantasmas que en ella habitaban, mi familia. Pero sabía que otros horizontes me esperaban más allá de esas montañas. Cuando estaba por entrar, me sorprendió escuchar una voz:

—Me comentó Sandy que se van.

Al darme vuelta, pude ver que era Rose quien me estaba hablando. Era tal mi sorpresa, que no sabía qué contestar: me había quedado sin palabras, pero, luego de reaccionar, le contesté:

—Sí, Jerry nos va a guiar por los túneles que salen...

Ella me interrumpió y completó la frase:

—Debajo de la propiedad. Sí, los conozco: mi padre los utilizaba muy seguido para sacar las mercancías que contrabandeaba. Fue su idea. Estaba feliz de sentirse impune ante el brazo del rey; pero, como todo plan perfecto, a veces no lo es tanto, y, cuando alguien lo delató, sus negocios terminaron. Una noche, los soldados del rey los esperaron salir. Él se dio cuenta a tiempo y logró escapar de milagro. Entró furioso preguntando a todos quién había sido el traidor. Ahora tendría que escapar porque los soldados estaban detrás de él. Cuando se vio acorralado porque entraban a la casa, tomó un pistolón y lo cargó. Fue hasta la sala y allí esperó a que entraran. Al rato todo se volvió confusión y caos. Sandy entró a la sala y papá, que estaba completamente desenchajado, pensó que era un soldado que entraba y disparó. Mamá corrió hacia Sandy, pero cuando llegó a ella ya nada podía hacer. Vi que lloraba y entonces gritó: «¡Qué hiciste!». Tomó a Sandy del piso y la abrazó. Yo me quedé paralizada, no sabía bien que hacer, solo atiné a quitarle el arma de su mano. Algunas personas entraron en el cuarto y me sacaron de allí. No puedo olvidar más ese día, porque justamente era el de mi boda. Fue un gran escándalo. Mi futuro suegro empezó a gritar, y todos los invitados murmuraban. Se volvió todo un gran circo en poco tiempo. Richard vino a mí para decirme que la boda no se podía llevar a cabo, que él no podía unirse a una familia de contrabandistas y asesinos, y simplemente se marchó, dejándome allí vestida, lista para el que pensé que sería el día más feliz de mi vida. Cuando él comenzó a marcharse por el camino, corrí tras él y le pedí que por favor se quedara, pero no se detuvo. La gente empezó a agolparse a mí alrededor, y por la puerta pude ver cómo se llevaban a mi padre detenido. No pude aguantar tanta vergüenza y desprecio, por lo cual entré a la antigua casa y subí hasta la terraza del tercer piso, justo donde ahora está el torreón en el que Sandy suele estar. No lo pensé, solo cerré mis ojos y me lancé. Cuando me vinieron a buscar, no pude irme, y Sandy tampoco: ella se quedó a mi lado todos estos años pues no podemos quitarnos el doloroso recuerdo de esa

trágica noche. Y además, en mi caso, por Richard...

—Pero, Rose, ¿por qué?

—Porque esperaba que él se arrepintiera y volviera por mí. Poco después de aquel trágico día, lo vi aparecer por ese mismo camino, pero se detuvo antes de entrar porque una de las sirvientas, al verlo llegar, fue hasta él y le contó todo lo que había sucedido. Y entonces lo vi, Jack: lloró, y supe que estaba arrepentido. Por eso lo espero: porque sé que algún día lo voy a ver volver por ese mismo camino.

Yo sabía que eso no sería así, pero tampoco me animaba a contradecirla. En definitiva, como decía el tío Eliot, era su decisión. Ahora entendía muchas cosas sobre ella y sobre Sandy. No pude evitar sentir pena por las dos, dado que habían sufrido tanto por culpa de su padre... Todas las historias se conectaban tanto: la avaricia y la sed de poder habían arruinado a casi todos los que habían vivido dentro de est terreno. Ya no era la casa la que estaba maldita, ahora lo sabía: era la tierra sobre la cual se había construido la que tenía un oculto secreto. Y nada bueno podía ser. De todas formas, no pensaba quedarme a desentrañarlo. Solo sabía que debía huir de allí. Me despedí de Rose y volví a la casa. Ya el tío Eliot y Jerry me estaban esperando en el sótano para bajar a los túneles. Cuando crucé la puerta del jardín, vi a los señores Mollers ahí esperándome. Me acerqué y, luego de darle la mano a August, fui hasta Doris y la abracé. Esa era la primera vez que lo hacía.

—Gracias, Dorís, por cuidarme y estar a mi lado.

—Niño Jack, usted sabe que fue un gusto haberlo servido, y esperamos que pueda cumplir su sueño. Cuide mucho del señor Eliot.

La expresión dura de su rostro había cambiado, estaba distinta: ahora se veía más amable y dulce, lo cual hacía más juego con lo que en realidad ella era. Bajé al sótano y miré a mi tío, quien me preguntó:

—¿Estás listo? Aún estamos a tiempo de arrepentirnos.

A lo que contesté:

—Vamos.

Y los tres bajamos y empezamos a caminar por esos oscuros túneles antiguos.

CAPÍTULO 10

“Prófugos”

Una vez que pasamos los límites de la casa, la alerta se disparó: ahora éramos fugitivos, los guardianes nos habían empezado a buscar y debíamos apresurarnos o nos capturarían. Luego de ir varios kilómetros a través de los túneles, llegamos a la bifurcación: hacia la izquierda teníamos los que nos llevaban al metro, y hacia la derecha los temidos conductos del desagüe. En ese punto, Jerry empezó a mostrarse nervioso. El tío lo miró y le dijo:

—Jerry, si quieres puedes volver a casa, sabes que allí estarás a salvo.

—No, Eliot, voy acompañarlos. Si es mi destino llegar al puerto, subiré contento al barco y juntos navegaremos; pero si debo terminar aquí en las cloacas, también lo aceptaré, así que sigamos.

Como teníamos tiempo, le pedí a Jerry que nos llevara por los túneles del metro. Era la primera vez que salía de la casa en mucho tiempo, por lo que, si los guardianes o los devoradores nos atrapaban, por lo menos habría visto algo del mundo exterior.

...

En el puerto, ubicado en la Dársena 2, estaba esperando el *Victorius I*. Algunos ya habían empezado a llegar, pero muchos no lo lograban. El ambiente se encontraba más convulsionado que de costumbre. Una alerta se había desplegado y los guardianes sobrevolaban el barco. Eso ponía muy nerviosos a los pasajeros. El capitán se les acercó y les pidió que mantuvieran la calma, que se quedaran dentro del barco hasta que este hubiera zarpado. Algo le decía que debía esperar.

—Algún fantasma ha escapado y seguramente viene hacia aquí; si no, no habría tanto despliegue.

—¿Va a demorar la salida, señor? —le preguntó su oficial.

—No creo que llegue a ser necesario: mañana al anochecer estaremos partiendo. Por favor, verifique que nadie salga a cubierta: mientras estemos atracados en el puerto, estos pasajeros están a merced de los merodeadores.

El oficial se retiró y Freddy se quedó en su cabina mirando hacia el muelle.

...

Empezamos a recorrer los túneles del metro. Una luz se acercaba a toda velocidad detrás de nosotros. El lugar temblaba y se podía escuchar un fuerte sonido que se acercaba. Por un momento pensé que eran los guardianes, pero Jerry me tranquilizó.

—Tranquilo, Jack, solo es el tren que se acerca a la estación, que está allí delante de nosotros.

Un convoy pasó a toda velocidad, levantando polvo y algunos papeles y elementos que se encontraban en las vías. Del otro lado pude ver a un señor que caminaba sin levantar la cabeza; llevaba una pequeña bolsa colgando de su hombro. Ante la curiosidad, le pregunté a Jerry si sabía quién era, a lo que él me respondió:

—Ese es un espíritu solitario: hay que dejarlo tranquilo. Cuando lleguemos al andén debemos tener cuidado, ya que vamos a estar más cerca de la superficie y, por ende, a merced de los guardianes.



Cuando terminamos de salir del túnel, delante de nosotros apareció una gran cueva muy iluminada que tenía dibujos en las paredes, algunos extraños y otros bonitos. Un señor estaba tocando música y la gente que se acercaba ponía monedas dentro de un bolso que tenía abierto delante de sí. La melodía era muy linda, por lo que quise quedarme un rato a terminar de escucharla. No sabía bien qué instrumento era, porque parecía como una flauta pero su extremo inferior era más gordo y estaba curvado hacia delante. Lo que sí puedo decir es que la melodía que de allí salía era lo más parecido al canto de los ángeles. De a poco el lugar se fue vaciando y el hombre dejó de tocar. Me sorprendió que entonces me hablara:

—¿Te gustó la canción?

Me quede allí callado, inmóvil. No sabía qué contestar. El señor extendió su mano al ver que no recibía respuesta y la movió en dirección hacia donde yo estaba parado. Como no logré correrme, me atravesó, tras lo cual dijo:

—Hola, ¿hay alguien ahí? Podría jurar que sentí la presencia de alguien, pero creo que no es así.

Volvió a llevar el instrumento a su boca y volvió a tocar otra canción. En ese momento me di cuenta de que el hombre era ciego y que no me había visto: él solo había sentido que yo estaba ahí a su lado. El tío Eliot se acercó a mí y, tomándome del hombro, me indicó que siguiéramos. Subimos unas escaleras y los sonidos de arriba nos llegaron cada vez más. Era de noche, y las luces de la ciudad eran tan fuertes que no se lograba ver las estrellas.

—Por favor, estén atentos a cualquier cambio en el aire: recuerden que solo los veremos cuando sea demasiado tarde —nos previno Jerry.



Mis ojos no sabían qué mirar primero: todo era muy diferente a como yo había vivido. Los automóviles que había conocido eran ahora estas extrañas máquinas que cruzaban a toda velocidad por la calle. Había casas muy altas: no podía terminar de contar los pisos, pues eran demasiados. Muchas tenían espejos que las recubrían, y en ellos se reflejaban las luces y las otras casas y carteles.

—¿Cómo hicieron para que no se caigan, con tanta altura?

—¿Viste, Jack? Te dije que aquí fuera todo era maravilloso. Y espera a que lleguemos al puerto y subamos al barco.

Justo cuando íbamos a entrar, un ruido ensordecedor nos hizo mirar al cielo. Por un momento me asusté y pensé lo peor, pero de pronto vi que un gran pájaro blanco con unas luces rojas que parpadeaban cruzaba sobre nuestras cabezas.

—¿Qué rayos es eso?

—Eso es un avión. Ahora la gente vuela: se suben en eso y viajan de un lugar a otro.

—¿¡Qué!?! ¿Cómo? No te creo, Jerry, me estás haciendo una broma.

—No, Jack, te digo la verdad.

Por su cara podía ver que no me mentía. Ya nada más podía asombrarme ese día.

—Bueno, creo que ya estuvimos demasiado al descubierto: mejor bajemos.

Cuando terminamos de descender y llegamos a donde estaba el ciego tocando, ya los guardianes estaban en las afueras de la estación.

—Será mejor que se apuren, porque ya saben que están aquí —de pronto, el señor había dejado de tocar y nos hablaba—. Vuelvan por donde vinieron, y cuando lleguen a los conductos busquen a Octavio: él los ayudará.

Apenas dijo eso, el interior de la estación empezó a ponerse extraño. Un viento empezó a soplar y algunos papeles volaron hacia nosotros.

—Vamos, no hay tiempo —dijo Jerry.

Cuando voltéé a ver, el hombre ya no estaba. Empezamos a correr por el túnel y una sensación de terror comenzó a apoderarse de nosotros. Era el punto en el que debíamos decidir si continuar o volver a casa.

CAPÍTULO 11

“Por los túneles del metro”

En cuanto recorrimos algunos metros, todo se calmó nuevamente. Eso hizo que nos tranquilizáramos. Era raro, porque yo ya no tenía corazón, pero puedo asegurar que sentí cómo algo dentro de mí latía con fuerza descomunal. Fue lo más parecido que experimenté jamás a sentirme vivo nuevamente. Igual deseaba no volver a tener nunca más esa sensación.

Continuamos caminando por los túneles del metro y llegamos hasta donde se inician los que desembocan en los desagües. Desde allí debíamos estar más atentos: todo dependía de eso. Yo no tenía idea de cómo se veía un espíritu guía, y el señor de la estación dijo que debíamos buscar a Octavio, por lo que le pregunté a Jerry cómo lo podríamos llegar a reconocer:

—Jerry, ¿cómo nos daremos cuenta cuando encontremos al guía?

—Te puedo asegurar que vas a reconocerlo fácilmente.



Todo allí abajo se veía triste y sombrío. Era como Jerry nos había adelantado que sería. Se escuchaban lamentos y llantos a lo lejos. También era posible ver algunas figuras que se arrastraban por el suelo. Una gran sensación de tristeza y dolor se percibía e impregnaba todo. Una señora se nos acercó de prisa riendo y nos dio un gran susto. Parecía loca, con sus ojos desorbitados, y estaba sucia, con la ropa raída, como la mayoría allí.

—Ja ja, carne fresca para los devoradores. ¿De dónde salieron, angelitos?

Su risa siniestra realmente me asustó.

—Fuera, mujer, déjalos y sigue tu camino —dijo de pronto una voz profunda que parecía provenir de las mismas entrañas de la tierra.

Entonces pude ver una figura luminosa que flotaba hacia nosotros. Sus ropas eran claras, y la expresión de su rostro era angelical.

—Gracias, señor —dijo Jerry poniéndose de rodillas.

—¿Qué haces nuevamente por aquí? Te dije que subieras a esa casa, que allí estarías a salvo.

—Sí, perdone, no quería desobedecer, pero allí conocí a estos amigos que desean poder llegar al barco, por eso estoy de vuelta.

—Es algo muy irresponsable de tu parte: primero, volver a entrar aquí una vez que lograste salir, y segundo, arrastrar a otros espíritus contigo. ¿Ellos saben los riesgos que están corriendo?

El guía parecía enojado. Yo solo esperaba que nos ayudara y que pudiéramos continuar.

—Señor, disculpe —le dije—, pero nosotros vinimos porque quisimos: él no nos obligó.

El espíritu me miró fijamente y fue acercándose a mí.

—Jack es tu nombre, ¿verdad?

—Sí, señor, soy Jack.

Me quede paralizado, porque no entendía cómo podía saber mi nombre. El guía se volteó a mirar a Jerry y le dijo:

—Solo voy a ayudarte esta vez porque traes a dos espíritus inocentes contigo. Si no fuera por ellos, te dejaría cumplir tu condena aquí.

De pronto, en el túnel se empezó a sentir una atmósfera rara. La pesadez del ambiente aumentaba cada vez más, y repentinamente el miedo nos recorrió, provocándonos una sensación de sofocación y apretándonos el pecho como si un gran muro se nos hubiera caído encima. El guía nos tomó de los brazos y nos empujó a través de unas compuertas, que cerró tras de sí.

—¡Shhh, ahora todos en silencio!

Se empezaron a sentir gritos y gruñidos por debajo de las puertas. De pronto, una sombra que pasaba por los túneles se detuvo. Daba la sensación de que estaba allí, parada detrás, mirando hacia donde estábamos nosotros. El

guía, que estaba delante de todos, empezó a decir palabras en voz muy baja. No lograba comprender lo que decía, pero supongo que era algo como un rezo, porque a los pocos segundos la sombra se marchó y de a poco volvió a reinar la calma fuera.

—Van a quedarse aquí, yo saldré a mirar y ustedes no se van a mover —nos dijo.

Yo realmente estaba tan asustado que no tenía pensado ir a ningún lado sin el guía protegiéndome. Salió al túnel y al rato volvió a ingresar.

—Vamos, se han ido, es mejor seguir camino.

—Perdone, ¿usted es Octavio? —le pregunté.

—Sí, ¿quién te dijo mi nombre?

—El señor de la estación, el que tocaba ese instrumento raro.

—Ah, sí, lo cruzaron. Tuvieron suerte de que él estuviera allí, porque, si no, los guardianes los habrían detenido en la estación.

Estaba muy intrigado por averiguar quién era aquel ciego, pero no estaba seguro de si seguir preguntando podría resultar descortés. Igualmente, a esas alturas eso ya no me importaba: en el peor de los casos, me regañarían por insolente, por lo que miré al guía y le dije:

—Perdón, pero ¿puedo preguntarle quién era ese hombre?

El guía me sonrió y luego me contestó:

—¿No lo reconociste?

Ahora estaba más perdido que antes.

—Disculpe mi ignorancia, pero en realidad no.

—Ese hombre de allí era tu ángel de la guarda. Él fue asignado a ti al momento de nacer y te acompañó toda tu corta vida. Y cuando falleciste, fue él

quien estaba encargado de llevarte, pero tú no quisiste ir con él y te quedaste aquí con tu madre. Por eso, cuando escaparon y la alerta se activó, los lazos con él nuevamente se conectaron y, al verte en peligro, fue a tu presencia en la estación, detuvo a los guardianes y los envió a ustedes conmigo. No todos tienen esa suerte.

A medida que caminábamos por el túnel, muchas imágenes empezaron a venir a mi cabeza. Yo había tratado de olvidar ese día, creyendo que, al no pensar, todo estaría bien. Pero ahí, en ese lugar, avanzando entre ratas, desechos y oscuridad, empezaron a venir a mi mente imágenes del rostro de ese hombre y volví a recordarlo todo. Igual no me arrepiento hoy de la decisión que tomé: si todo empezara nuevamente, lo volvería a hacer.

CAPÍTULO 12

“Bienvenidos al purgatorio”

El lugar se abría delante de nosotros en una serie de confusos e intrincados túneles. En muchos de ellos se podía ver gente avanzando; en otros, algunos guías ayudaban a otros espíritus. Octavio nos pidió que nos detuviéramos y esperáramos, ya que había un grupo que estaba llegando y la idea era seguir camino todos juntos. Era más seguro hacerlo en cantidad y rodeados de varios guías, lo cual desalentaría las intenciones de los devoradores. Desde que habíamos entrado, el tío Eliot había permanecido en silencio, por lo que sentí la necesidad de hablarle.

—Tío, ¿estás bien?

—Sí, Jack, un poco movilizado, eso es todo —puso una mano sobre mi cabeza y me sacudió levemente el pelo—. Vamos a salir pronto, no te preocupes.

El tío se veía realmente muy afectado. El tiempo transcurría y yo solo pedía que se dieran prisa, ya que quería salir de allí rápidamente. Una niña se acercó a mí. Traía una muñeca de trapo en su mano. Su ropa estaba sucia y se la notaba desmejorada. Recordaba lo que me había dicho Jerry y sabía que no debía hablarle, pero era imposible no hacerlo: era tan pequeña...

—Hola, me llamo Lucy —dijo.

Yo no pude evitar acordarme de Sandy. No podía entender por qué esa niña estaba allí, dado que las cloacas eran para los espíritus que tenían algo que pagar.

—¿Estás sola? —le pregunté.

—No, estoy con mi papá, nosotros vivimos aquí. Qué bonita ropa traes: esta chaqueta es muy suave —me dijo mientras pasaba su mano por mi manga—. Yo nunca tuve algo así de bonito.

En ese momento deseé poder darle mi chaqueta, pero aquello era imposible. Entonces, un señor vino de la nada hacia donde yo estaba y, tomando bruscamente a la nena del brazo, se la llevó, alejándose de allí.

—¿Qué haces hablando sola? Estás tan loca como tu madre. Vamos, que tenemos que buscar qué comer.

La niña no era un espíritu, pero por alguna extraña razón había podido verme. Me dio tristeza que ella estuviese viviendo de esa forma.

—La niña te vio, ¿verdad?

De pronto, Octavio estaba allí, interrogándome.

—Sí, y me sorprendió, porque por un momento pensé que era un espíritu como nosotros.

—Suele pasar con la gente que vive en estos lugares. Y más cuando son tan pequeños como ella. No será la única vez que te ocurra en tanto permanezcamos en estos túneles. Simplemente no dejes que eso te afecte: debes mantenerte enfocado en lo que deseas. Mantén la calma. Trataremos de salir de aquí lo más rápido que sea posible, pero, lamentablemente, vamos a tener que pasar la noche aquí: no podemos continuar avanzando, mañana seguiremos.

—Pero ¿y si vuelven los devoradores, qué hacemos?

—Solo esperemos que no lo hagan, Jack, pero, si eso ocurre, ustedes deberán esconderse y nosotros trataremos de frenarlos.

La idea de pasar ahí la noche no me atraía en lo más mínimo, pero ¿qué otra cosa podíamos hacer?

...

Jerry estaba sentado a cierta distancia de nosotros. Ví que conversaba con dos espíritus y que hacían bruscos ademanes. No parecía que la conversación fuera de lo más agradable; por el contrario, daba la impresión de que esos dos espíritus estaban muy enojados con él. Eliot me llamó y fui hasta donde él

estaba.

—Jack, por favor, no te alejes, este lugar es muy peligroso.

—No te preocupes, tío, voy a quedarme aquí, contigo.

Cerré por unos instantes los ojos y traté de imaginarnos en ese barco, llegando a China. Intentaba distraerme para no recordar dónde estaba.

...

Unas horas más tarde, un grupo de gente comenzó a acercarse desde los conductos que venían del norte de la ciudad. No podía precisar cuánto tiempo hacia que estábamos ahí. Quería salir corriendo. Tenía miedo de enloquecer, como había dicho Jerry, y perderme en ese lugar. Tomé al tío de la mano y se la apreté muy fuerte. Él notó de inmediato cómo me sentía y trató de calmarme diciéndome que pronto saldríamos de allí, que no permitiría que nada malo me pasara, y que mejor pensara en el barco y en todos los lugares que conocería al recorrer el mundo.

Una vez que estuvieron allí todos los fantasmas listos para partir, un guía nos dio la orden de levantarnos y ponernos en marcha. Avanzamos durante algunas horas, mientras mis temores iban en aumento junto a la sensación de que no lo lograríamos, ya que ahí abajo no podía ver ni por dónde estábamos ni cuánto camino nos quedaba por delante. Los espectros se nos acercaban tratando de tocarnos, alargaban sus manos, que salían desde las paredes y la oscuridad, reían y lloraban, gritaban y se lamentaban, todo junto y a la vez.

De pronto, el ambiente empezó a ponerse raro. Entonces, del fondo se escuchó un grito que decía:

—¡Guardianes, llegan guardianes!

El terror invadió el lugar. Eliot me tomó de la mano y comenzamos a avanzar lo más rápido posible. Detrás podíamos escuchar los gritos, así como el ruido que hacían los guardianes al ir atrapando a los que estaban en la parte trasera de los túneles, desgarrándolos.

—¿Qué hacemos? —le pregunté al tío.

—Sigamos adelante, no te detengas.

De pronto, pudimos escuchar un chistido que surgió de delante de nosotros, y entre las sombras pudimos ver a alguien que nos hacía señas para que fuéramos hacia él. Dudamos un momento sobre qué hacer, pero los guardianes estaban cada vez más cerca de nosotros, por lo que no nos quedó otra opción que seguir a quien nos llamaba.

—¡Rápido, apresúrense, vengan!

Llegamos a otra bifurcación y encontramos una serie de ductos y compuertas con máquinas que tenían botones de colores que brillaban. El espíritu nos hizo esconder en el fondo de esa habitación y salió de allí. Los gritos en el túnel empezaron a hacerse más débiles. No sabíamos si eso significaba que los guardianes se habían ido o que se habían llevado a todos, pero, en cualquier caso, pronto nos enteraríamos.

Pudimos empezar a ver cómo detrás de las grandes puertas de malla de metal una bruma negra empezaba a acercarse, mezclándose con el olor fétido del lugar mientras una voz grave, que daba la sensación de que provenía de los mismos infiernos, hablaba con quién nos había escondido.

—Estamos buscando a dos fantasmas que han escapado, y sabemos que se dirigen hacia el muelle. ¿Acaso tú habrás visto algo por aquí?

—Yo no he visto nada, salvo el grupo que avanzaba y que fue detenido.

—Sí, pero ellos no estaban allí. Quiero que estés atento y que, si los llegas a ver, me lo hagas saber de inmediato. Ya sabes que esa acción será bien recompensada. Pero si me entero de que sabes dónde están y que me has mentado, yo mismo me ocuparé de que esta vez recibas el castigo que te mereces, ¿me has entendido, Neil?

En ese instante, con el tío Eliot no pudimos evitar mirarnos. La intriga superaba el temor que sentíamos de ser descubiertos ahí escondidos. Los dos necesitábamos sacarnos la duda de si realmente era o no papá quien estaba allí

fuera hablando con la oscura entidad.

CAPÍTULO 13

“Imperdonable”

En el muelle, mientras tanto, el tiempo de espera estaba por agotarse. La actividad allí seguía. Freddy miraba su hoja de ruta y hacía anotaciones en un libro. El oficial se acercó a él con una expresión de preocupación.

—Capitán, han llegado noticias de que los guardianes han atacado a los errantes que estaban en los ductos del desagüe: ¿no le parece que deberíamos dar la orden de zarpar?

—Oficial, el tiempo límite aún no se ha cumplido. Y, además, ¿acaso saben si han capturado a todos?

—No, señor, a ciencia cierta no se sabe.

—Bueno, entonces con más razón aún. El *Victorius I* jamás ha abandonado a nadie en el puerto. Las reglas son claras: se zarpa a la hora estipulada, nunca antes. Por favor, verifique que los pasajeros estén bien y procure que se preparen. La orden de no salir a cubierta continúa hasta que hayamos zarpado. Vea que la gente se distraiga en los salones y que los músicos realicen algún concierto para que nadie se angustie o desespere por salir. El caos se puede desatar si alguien se asoma a la cubierta exterior.

—Sí, señor, como usted diga.

El oficial se retiró de la cabina y bajó al interior del navío. Una rara sensación envolvía a Freddy. No sabía bien qué era, pero sentía que debía esperar allí. «Van a llegar más pajaros, lo presiento», pensaba. Dentro de esos ductos había algo que le provocaba una gran ansiedad.

...

Todo se puso en calma nuevamente. Ni Eliot ni yo atinábamos a movernos. La puerta de malla se abrió despacio a los minutos y por ella volvió a

acercarse el espíritu. Cuando llegó hasta donde estábamos, pudimos ver a papá, ahí, frente a nosotros. No era como lo recordaba: se lo notaba abatido y desmejorado, con sus ropas sucias y raídas. Por unos instantes tuve el impulso de abrazarlo, pero luego me frené porque recordé todo lo que nos había hecho a mamá y a la familia.

—No crean que para mí no es una sorpresa verlos aquí.

—Neil...

Papá no lo dejó continuar.

—Por favor, Eliot, el tiempo se agota y necesito pedirles perdón. Sé que no sirve ni alcanza, porque ya es demasiado tarde para todos, y que, diga lo que diga, ello no va a cambiar las cosas, pero necesito...

Eliot estaba furioso. Nunca había conocido a mi tío enojado: siempre se había caracterizado por mantener la calma, pero ahora estaba diferente.

—¿Eres realmente consciente de que me mataste para robarte todo el dinero de la familia?

Yo no podía creer lo que escuchaba.

—Tío... pero ¿cómo es eso posible?

—Sí, Jack: tu papá me envenenó para quedarse con todo el dinero. Y, cuando lo descubrieron, sobornó a los investigadores y huyó. Y esa huida terminó matándote a ti y a tu pobre madre también, dado que, al no poder irse del pueblo, enfermaron. Si él se hubiera quedado, los podría haber llevado a la ciudad para que allí estuvieran a salvo, pero su maldita avaricia fue más importante que su familia.

—Papá, ¿es verdad eso que cuenta el tío?

Papá se quedó en silencio, mirando hacia abajo.

—Sí, Jack, es verdad. Y te puedo asegurar que estoy muy arrepentido. Cuando me enteré de la epidemia y de lo mal que estaban económicamente,

traté de volver, pero para ese momento ya era muy tarde: no podía regresar porque me encarcelarían, y no quería ir preso, el jefe de policía me había advertido que debía irme y no volver jamás.

—Pero nos podrías haber dejado algo de dinero: sabías que ya no podríamos subsistir sin él. Además, si de verdad te importábamos y estabas arrepentido del espantoso y vil acto, te tendrías que haber entregado a la Justicia, o podrías haber enviado a alguien a buscarnos. Pero no lo hiciste, y ahora quieres que te perdonemos. Yo no te importé, ni tampoco mamá. Nos abandonaste.

—Neil, yo te agradezco que nos hayas salvado del guardián, pero Jack y yo debemos encontrar al guía y salir de aquí: hay un barco que nos espera.

El tío me tomó del brazo y me hizo ir detrás de él. Salimos de la sala. Debíamos ser cuidadosos, porque los guardianes podían estar cerca. Yo me sentía muy frustrado: pensaba en mamá y en todo lo que había sufrido. Además, no podía entender que papá hubiese matado a su propio hermano por la herencia. Y todo para al final terminar allí en las cloacas.

...

En los ductos del desagüe no había rastros de ninguno de los fantasmas que nos acompañaban, incluido Jerry, ni de guía alguno. Por raro que nos pareciera, se sentía una extraña calma, que en ese momento nos asustaba aún más. ¿Sería tal vez que al final habíamos enloquecido? No teníamos idea de cómo hacer para llamar a los guías: no podíamos gritar o hacer demasiado ruido, porque eso podría resultar una señal directa para quienes nos estaban buscando. Estábamos muy nerviosos los dos porque no sabíamos a dónde ir: teníamos que volver a encontrar a Octavio para que nos ayudara a salir.

—Tío, ¿qué hacemos?

—Yo digo que sigamos derecho por donde veníamos y que confiemos en dar con algún guía pronto.

—¡Jack, Eliot, aguarden! —nos gritó papá—. Están yendo por el camino equivocado: ya que no pueden perdonarme por todo lo malo que les hice

mientras estábamos vivos, permítanme al menos que los ayude a salir de aquí y que los lleve hasta el puerto.

En ese punto no nos quedaba otra que confiar en él.

—Neil, más te vale que no estés tratando de engañarnos. Escuchamos que el guardián te ofrecía algo a cambio de que nos entregases.

—Te juro que no, hermano. Por favor, créanme: quiero ayudarlos.

Desde ese punto, seguiríamos internándonos los tres dentro de ese lugar tétrico y oscuro. Debíamos confiar en él.

—Jack, ¿puedo preguntarles cómo fue que se les ocurrió venir hasta aquí?

El tío Eliot había decidido no hablarle, por lo que yo le contesté:

—Jerry apareció en la casa tras escapar de este sitio y nos contó del barco, de modo que vinimos los tres.

—Pero este Jerry ha de estar muy loco para querer regresar a esta miseria tras haber logrado salir de aquí. Y más pudiendo vivir con los lujos de allá arriba.

Su comentario me enojó y se lo hice notar.

—Papá, ¿no te das cuenta de que no has cambiado en nada?

El tío movía la cabeza y se mordía el labio inferior, lo cual era un signo de que muy pronto reaccionaría.

—¡Perdón, pero creo que me entendieron mal! Lo que yo quise decir es que...

—¡Neil, por favor —explotó el tío—, deja ya de intentar arreglar lo inarreglable! ¡No todos son iguales a ti! Pero ¿para que sigo hablando contigo?

—Papá, el tío tiene razón. Le ofrecimos a Jerry quedarse en casa, pero él prefirió volver aquí para ayudarnos a llegar al barco. ¿Y sabes qué es lo peor?

Que no sabemos si los guardianes lo habrán capturado, pues él venía detrás de nosotros.

—Si todo lo que dicen es verdad, entonces fui muy vil y realmente me merezco esta realidad. Cuando me fui, no pensé, no medí la consecuencias de lo que hacía. Sentía tanto resentimiento hacia ti, Eliot, “el hijo perfecto, el que siempre hacía todo bien, el preferido de papá”. Yo en cambio era “la oveja negra de la familia, el derrochador”. Sí, yo sé lo que papá decía de mí. ¿Y sabes algo, Eliot? En el fondo lo hacía a propósito, para lastimarlo: despilfarraba su dinero para que sintiera todo el desprecio que él me hacía sentir cada vez que me miraba.

CAPÍTULO 14

“Un pedido desesperado”



Freddy miraba el reloj: ya casi era la hora. Dio la orden a su oficial para que los marineros de la sala de máquinas se ocuparan de encender los motores.

—Capitán, le avisaremos cuando todo esté listo, y a su orden zarpamos.

Del interior del caño del desagüe algunos fantasmas habían logrado salir. Un caballero algo nervioso pedía que se le permitiese hablar con el capitán.

—Señor, por favor, le voy a pedir que se tranquilice, el capitán en estos momentos está ocupado y no lo puede recibir.

—Por favor, necesito hablar con él. El barco no debe irse: aún falta que lleguen más, mis amigos están aún dentro. Por favor, necesito hablar con el

capitán.

Al escuchar que el tono de la discusión aumentaba, Freddy decidió salir de la cabina y bajar para hablar con él.

—Señor, por favor, ¿qué está ocurriendo aquí?

—Perdón, capitán, el señor insiste, pero ya le dije que debe esperar, que usted está ocupado.

El sujeto se veía realmente alterado, por lo que el capitán decidió escuchar lo que tenía para decirle.

—Déjenlo. Acompañeme a mi cabina, señor, allí podremos hablar tranquilos.

Los dos subieron y entraron.

—Bueno, lo escucho, ¿qué es eso tan importante que tiene para decirme?

—Hay dos fantasmas que venían conmigo y que aún están en el túnel: quería pedirle que por favor no zarpeamos hasta que ellos hayan llegado.

—¿Señor...?

—Jerry.

—Señor Jerry: hay un protocolo que seguir y tengo que cumplir con él. No podemos demorar la salida: si sus amigos no están en el barco al momento de zarpar, no podremos llevarlos, lamentablemente. Hay muchos pasajeros que dependen de que salgamos a tiempo.

—Pero, por favor, es un pedido especial: nos perseguían los guardianes, algunos de mis compañeros se enojaron porque los traje conmigo y eso hizo que los guardianes entraran al desagüe. Pero ellos son buenos, me ayudaron cuando llegué a su casa desde los túneles.

—Capitán, está todo listo, a su orden zarpamos.

El oficial entró y se quedó aguardando la orden del capitán.

—¡Señor, por favor! —exclamó Jerry—. Esperemos un poco más: Jack y su tío Eliot esperan esto hace mucho.

—¿Usted dijo...? —Freddy se levantó de su asiento y miró sorprendido a Jerry; no podía creer que volvía a escuchar esos nombres—. ¿Jack es un niño de unos doce años, cabello rubio con rulos, melena y ojos marrones, y su tío Eliot un hombre de cuarenta y cinco años que viste frac negro con sombrero de copa y bastón?

—Sí, son ellos, ¿los conoce?

Freddy estaba inmensamente feliz, no lo podía creer.

—¿Que si los conozco? ¡Claro que sí! Oficial, aguarde para zarpar hasta que los dos pasajeros que faltan estén a bordo.

El oficial no entendía lo que ocurría, pero nunca había contradicho al capitán, de modo que se retiró de allí y decidió esperar a recibir la orden de que al fin podían zarpar.

—Jerry, por favor cuénteme todo, pero con lujo de detalles. ¿Usted dice que ellos están ahí, en el túnel?

Jerry comenzó a relatarle todo lo que había ocurrido desde el momento en que había ingresado a la casa, proveniente de los túneles inferiores, y de cómo los señores Mollers no habían estado muy felices con su presencia allí, ya que sabían que él haría que Jack se fuera de la casa y que corriera un montón de riesgos a través de un camino lleno de peligros. Ahora se daba cuenta de que habían tenido razón: tal vez sus amigos nunca lograsen llegar al barco. Sentía mucha culpa de solo en pensar en ello, y no se perdonaría jamás si algo les hubiera pasado. El tiempo estaba en su contra, y por eso necesitaba que el capitán aguardara para zarpar: si aún quedaba alguna mínima esperanza de que llegasen el barco, los debían esperar.

Mientras Freddy escuchaba con la mayor atención, volvían a su mente las imágenes de cuando él y Jack eran niños y de todo lo que habían compartido

allí, en esa casa y en el lago. Jack siempre había sido muy generoso con él y, a pesar de que su posición mientras el tío vivía era holgada, nunca le había hecho sentir menos. Al contrario, siempre había sido muy generoso no solo con él, sino también con los otros niños del pueblo. Por eso, cuando supo que no había sobrevivido a la epidemia, se había entristecido. Nunca más había hecho un amigo tan cercano como Jack, y, tras tanto tiempo pensando que ya nunca más lo vería, ahora estaba decidido a no mover el barco hasta que llegara. E incluso, si no lo veía salir pronto, a entrar él mismo a esos túneles.

CAPÍTULO 15

“Bienvenidos a bordo”

—Debemos apresurarnos, no queda mucho tiempo para que el barco zarpe. El caño que desemboca en la Dársena 2 está muy cerca.

Comenzamos a apurar la marcha. Delante de nosotros podía empezar a verse la luz del exterior.

—Jack, apresúrate —me decía el tío Eliot—. Ya casi llegamos.

De pronto, comenzamos a sentir la misma sensación de agobio y terror que habíamos experimentado al entrar en los túneles. Podíamos escuchar unos gruñidos que se aproximaban por detrás. Cuando volteamos, vimos unos ojos amarillos que se acercaban a gran velocidad por el interior del túnel. Unos espectros negros venían hacia nosotros. Se veían siniestros y aterradores. Eran aún peor de como Jerry los había descrito. Papá nos dijo que corriésemos, que él trataría de distraerlos, y se quedó allí quieto mientras nos continuaba diciendo que no nos detuviéramos:

—Corran. Cuando lleguen al extremo, salten al agua y entren por debajo del barco.

Los gruñidos y gritos se podían escuchar ya tan cerca de nosotros, que no me atreví a voltear para ver de nuevo: solo quería salir de allí. Continuamos avanzando. Sabía que los devoradores habían atacado a papá, y no creía que él hubiese podido evitar que lo hicieran. Solo teníamos una oportunidad ahí delante para salvarnos. Cuando llegamos al borde para saltar al agua, algo me sujetó con fuerza y me jaló del pie. Comenzó a absorberme. Sentía que me iba a tragar. El tío Eliot tiraba de mis manos en dirección al agua.

—¡No me sueltes, tío! —le grité mientras el terror se apoderaba de mí: sabía que eran los devoradores.

—¡No voy a soltarte, vamos a llegar a ese barco!

Yo sentía cómo mi cuerpo era tironeado en ambas direcciones. Ya al límite de mis fuerzas, pegué un gran alarido que resonó dentro de las paredes del túnel. De repente, una gran luz brilló detrás de mí y sentí algo similar a una explosión que me empujó hacia donde se encontraba mi tío, de modo que terminamos los dos hundiéndonos en el agua. Pero, antes de sumergirme totalmente, pude ver que allí estaba Octavio, que había venido en mi ayuda. Sentí alivio al mirar al tío: por fin todo había terminado. Él seguía allí, tomando mis manos.

—Por nada del mundo te iba a soltar —me repetía.

Nadamos algunos metros. Los guardianes volaban todo el tiempo sobre el agua, pues esta se agitaba por sobre nuestras cabezas. Sabía que estaban muy enojados al no poder atraparnos, y, mientras avanzábamos, yo no dejaba de pensar en que tal vez podían ingresar al agua y capturarnos. Esos metros hasta el barco se sintieron como kilómetros, hasta que por fin vimos sobre nosotros el casco de un barco. No estuve tranquilo sino hasta que logramos ingresar a él. Jerry estaba allí esperándonos. Pegó un gran grito de alegría y vino a nuestro encuentro.

—¡Jack, Eliot! ¡Tenía tanta culpa y miedo! Llegó un momento en que realmente pensé que se habían perdido, pero algo me hacía tener esperanzas y, en el fondo, ¡estaba seguro de que lo lograrían! Ya no sabía qué más hacer para que el barco no zarpara: pensé que me bajarían si seguía haciendo más escándalo. Allí dentro fue todo muy confuso, porque aparecieron los guardianes y después a ustedes ya no los vi más. Pensé lo peor. No debí dejarlos solos. Pero algunos compañeros se habían enojado porque ustedes estaban allí, y a raíz de ello se había armado todo el despliegue para su captura, lo cual complicó la salida.

—Jerry, no te preocupes, ya está, todos salimos, y eso es lo importante —le dijo el tío—. Llegamos enteros al barco, ahora debemos calmarnos.

Dentro de la cabina, el capitán, al enterarse de que todos los pasajeros estaban a bordo, dio la orden de zarpar. Lentamente, el barco comenzó a alejarse del puerto.

—¡Tío, nos movemos!

—Sí, Jack, al fin. Quiero darte las gracias por insistir: si no fuera por ti, los tres continuaríamos en la casa en estos momentos. Y gracias a ti, Jerry, por aparecer en casa desde los túneles.

—¿No se arrepienten? —preguntó Jerry.

El tío lo miró con cara seria y le respondió:

—Ahora que todo pasó, puedo decirte que no. Pero hubo un momento en el que realmente dudé de si había sido una buena idea. Yo pensaba que al morir dejábamos de sentir miedo, pero hoy te puedo asegurar que tuve más del que jamás creí pasar.

—Jerry, vi a mi papá, allí en los conductos: él fue quien nos ayudó a salir. Y cuando estábamos cerca del agua, los devoradores vinieron hacia nosotros y él...

Sin dejarme terminar la frase, Jerry dijo:

—Hizo lo que debía hacer, simplemente eso. Piensa que, ahora, tal vez haya encontrado algo de paz.

—Sentí mucho miedo, porque, cuando estaba por saltar, uno de ellos me atrapó. Pensé que me devoraría, pero por suerte Octavio apareció y se deshizo de ellos.

—Era de esperar: él siempre está allí para proteger a quienes lo necesitan.

...

El barco ya había salido del puerto. Todos los que allí viajábamos esperamos a que el capitán anunciara que ya era seguro salir a cubierta exterior. Un oficial vino hacia nosotros y nos indicó que lo siguiéramos, que nos llevaría a nuestros camarotes. Jerry venía con nosotros: ya no nos volveríamos a separar. Tomamos un ascensor que nos llevó a las cubiertas superiores.

—Tengo órdenes expresas del capitán de ubicarlos en primera clase —nos dijo el oficial.

—Muchísimas gracias a su capitán. Luego nos gustaría agradecerle que esperara a que abordáramos para zarpar: por lo que vemos, fuimos los últimos en hacerlo.

—El capitán jamás dejó a nadie en el puerto, es una regla del barco. Estos son sus camarotes: 401, 402 y 403. Espero que disfruten su estancia en nuestra nave. Por los altavoces se informará cuando sea seguro subir a cubierta exterior. Por el momento no es recomendable, pero, si lo desean, pueden pasar por el salón dorado y escuchar algo de música allí. Está ubicado en la cubierta superior: si continúan por este mismo pasillo podrán ver los carteles indicadores, no se perderán.

Luego de saludarnos, el oficial se marchó. Jerry fue hasta su camarote. Estaba feliz y aliviado de haberlo logrado. Nos saludó con su mano antes de entrar y sonrió. Nosotros sonreímos también. El camarote del tío y el mío se comunicaban por una pequeña puerta. Todo estaba decorado maravillosamente, muy lujoso, con paneles en las paredes, floreros con bellos ramos de flores, cuadros y sillones mullidos con muchos almohadones con diseños florales. Una araña de luces pendía del techo e iluminaba todo haciendo dibujos, y había una bella cama con dosel. Todo allí me recordaba mucho a mi dormitorio en la casona... Al mirar por la ventana ojo de buey del camarote, empecé a recordar a los que allá habían quedado. El tío abrió la puerta y se asomó, trayéndome de regreso de mis pensamientos.

—Marinero, ¿está listo para comenzar este viaje?

Me sonrió, y por un momento toda la tristeza había desaparecido.

—¡Claro que sí, capitán! —le contesté, saludándolo con la mano en mi frente, igual a como se saludan los marinos entre ellos.

En ese momento, alguien golpeó a nuestra puerta y vi que era Jerry.

—El capitán ya anunció que se puede salir a la cubierta exterior, donde los está esperando.

—Tío, quiero conocer todo el barco. ¡Es tan grande! Me gustaría ver si hay

más chicos a bordo para hacer amigos y jugar, además de mirar los dibujos que deja en el agua la hélice...

—Jack, ya habrá tiempo para todo eso y más, ahora vamos a la cubierta. Gracias, Jerry, me gustaría que nos acompañases. Yo quiero agradecer personalmente al capitán toda su atención hacia nosotros: desde esperarnos para abordar hasta darnos estos hermosos camarotes.

Los tres salimos de allí para poder ir al encuentro del capitán.

La cubierta estaba llena de pasajeros. Todos sonreían. Estaban felices. Se sentía un ambiente festivo. Algunos brindaban y bailaban; otros simplemente se abrazaban y miraban hacia el mar. Una alegre melodía se escuchaba, proveniente de la otra cubierta, donde un grupo de músicos tocaba sus instrumentos y hacía bailar a los pasajeros. Ya el miedo había quedado atrás: todos allí lo sabíamos y lo sentíamos. Fuimos caminando y nos acercamos a un caballero con uniforme que se encontraba de espaldas a nosotros, con sus manos apoyadas en la baranda. Cuando llegamos a él, sin darse vuelta nos dijo:

—Bienvenidos a bordo del *Victorius I*. Los estoy aguardando desde hace mucho tiempo. Y espero que este viaje sea el inicio de una eternidad recorriendo todos esos bellos lugares sobre los que siempre nos contabas en tus relatos, tío Eliot.

Yo me quedé helado. No entendía qué era lo que estaba ocurriendo. El caballero se dio vuelta y, al mirarlo, vi frente a mí a un señor de la misma edad que mi tío, pero de ojos azules, tez pálida y cabello rubio, el cual me miraba y de pronto me dijo:

—Jack, ¿no me reconoces?

En ese momento, esa imagen que tenía delante de mí comenzó a cambiar y pude ver a ese muchacho vestido con una chaqueta azul prendida con cuatro botones, con dos bolsillos con solapa a ambos lados, algo arrugada y que le quedaba grande. En su cabeza, el cabello rubio con rulos que le formaban una melena que le llegaba hasta el mentón, pálido y con sus mejillas rojas a causa del frío; guantes de piel marrón, bufanda azul, y con sus patines de hielo en una

de sus manos y la gorra de capitán en la otra.

—¡Freddy! —grité y lo abracé—. Amigo, pensé que nunca más volvería a verte.

—Ahora estamos todos juntos y vamos a recorrer el mundo. ¿Usted qué opina, capitán? —dijo entregándole la gorra al tío Eliot, quien ya no vestía su frac negro, sino que ahora lucía el mismo uniforme con el cual tantas veces había navegado en el *Queen Christine*.

—Opino que debemos marcar rumbo hacia China, oficial.

El caballero que se encontraba a su lado asintió con la cabeza a la orden que Eliot daba y le contestó:

—Cómo usted diga, señor: fijando rumbo al puerto de Shanghai.

Todo volvía a ser como antes, como siempre debió ser: los tres navegando por los mares del mundo y conociendo monumentos, templos, ruinas y castillos. Qué ironía la de la muerte: que nos haga sentir tan vivos cuando en realidad ya no lo estamos.

CAPÍTULO 16

“Richard y Rose”

En la casona, el señor August miraba nuevamente el reloj. Abrió la tapa que lo cubría y, luego de observarlo por unos instantes, lo volvió a guardar. Entró desde los jardines tras oír que Doris lo llamaba con insistencia.

—¿Qué ocurre ahora? Últimamente esta casa está patas para arriba; y los que aquí vivimos, con los pelos de punta. Si esos chicos vinieron nuevamente, se van a llevar una gran sorpresa: ¡esta vez aprenderán!

Se apuró a ir hacia el sótano.

—Doris, mujer, ¿qué ocurre? ¿Están robando?

—No, ven rápido —le contestó Doris—: otro invitado ha logrado acceder a través de los túneles.

—Pero ¿quién es? ¿Qué ocurre, que me llevas como alma que lleva el diablo?

Al llegar allí, se quedó más que petrificado.

—Pero... ¿cómo es posible que tú...? —le dijo al caballero que acababa de ingresar con un pequeño bolso colgado del hombro, y que de a poco comenzaba a reaccionar, ya que parecía que estaba saliendo de algún tipo de trance.

Lle costó reconocerlos, pero, tras un rato allí, todos los recuerdos empezaron a venir a su cabeza y de a poco les empezó hablar. La señora Doris le tomó el bolso que traía y lo hizo sentarse.

—Ahora, muchacho, debes componerte un poco: ya habrá tiempo para que nos expliques todo lo sucedido. Se nota que has pasado por eventos muy traumáticos y debes primero poner tus ideas en orden.

El joven los miró con sus ojos brillosos, que reflejaban un gran dolor en su interior, y tomando las manos de Doris comenzó hablarles:

—Hace mucho tiempo que voy vagando sin rumbo. Desde aquel día, no puedo perdonarme haberla dejado sola. He cometido muchos errores, fui muy cobarde. Esa noche todo se volvió un completo desastre, las cosas se salieron de control: enterarnos de esa forma sobre cómo eran las cosas, y todo ello sumado a la muerte de esa pequeña niña a manos de su padre... No supe qué hacer. Terminé muy mal mis días, hundido en el alcohol. La culpa no me dejaba en paz. Todos los días venía su imagen a mi mente. No podía soportarlo. Mi padre me desheredó y me arrojó a la calle. Me dijo que era una vergüenza para la familia. Y tenía razón. Al morir, fui enviado a los túneles del metro. Ya nada me importaba: solo quería pagar mi culpa y tratar de aliviar la pena que consumía mi alma. Realmente, no sé cómo llegué hasta aquí. Cuando levanté la cabeza, vi la tapa de metal y, no sé... al reaccionar, ya estaba aquí dentro.

—Richard, lo que pasó ya no importa, ha quedado en el pasado —le dijo el señor August—. Será mejor que salgas: ella hace rato que te espera.

—¿Creen que podrá perdonarme?

—¿Y si sales y lo corroboras por ti mismo?

La señora Doris sabía que, sin importar el tiempo que había pasado, Rose deseaba tanto como él ese encuentro, por lo cual lo animó a salir.

Richard estaba nervioso. Se dirigió al jardín. Todo estaba muy distinto: la casa ya no era la misma. Pensó varias frases que decirle cuando al fin la viera, pero ninguna lo convencía. Tenía que encontrar la forma de pedirle perdón y de que lo aceptara nuevamente. Sandy, que estaba cerca, vino hacia él corriendo y lo tomó de la mano.

—Richard, ¿has visto a mi mamá?

—No, Sandy, lamentablemente no.

—Bueno, no te preocupes, seguro volverá pronto.

Caminaron unos metros por el camino hasta que la voz de Rose los hizo detenerse.

—¡Volviste! Sabía que volverías.

Sandy lo soltó y fue corriendo hasta donde estaban August y Doris, parados debajo de una antigua glorieta.

—Creo que pronto habremos de celebrar una boda, cariño —dijo Doris.

—Sí, parece que sí —le contestó el señor August.

Los tres se quedaron allí, mirando hacia donde Rose y Richard estaban, con tantas cosas que decirse...

...

Sentado en la cubierta, los rayos del sol me acariciaban el cabello y me hacían recordar las manos de mi mamá cuando venía a mi cuarto para arroparme en la noche y quitaba algún mechón que caía sobre mi cara, tras lo cual me daba el beso de las buenas noches y su bendición, cosa que aún extraño, aunque sé que ella está en paz. Algunas gaviotas, que ya se han convertido en compañeras de viaje, volaban por encima de nosotros. Busqué dentro del bolsillo de mi chaqueta algo para poder escribir. Encontré una vieja carbonilla y unas hojas algo arrugadas. Las estiré y traté de plancharlas con mis manos para luego apoyarlas sobre mis piernas. Me dispuse entonces a escribir, mientras escuchaba el sonido de las olas que chocaban contra el casco del barco.

«Queridos August, Doris, Rose y Sandy. Les escribo esta carta a bordo del *Victorius I*, aunque sé que tal vez no les llegue, pero tengo la necesidad de hacerlo. Ya llevamos algún tiempo navegando y todo ha sido realmente maravilloso. Freddy y yo jugamos mucho, y él me prometió que me enseñará a patinar y a dar giros como él. Muy pronto estaremos llegando al puerto de Mundra, en la India. Allí esperamos recibir más pasajeros, y algunos otros bajarán del barco para iniciar sus propios viajes. Luego iremos desde allí hacia China, donde nos quedaremos bastante tiempo. El tío me prometió mostrarme muchas cosas, así que ansío llegar. Desearía que pudieran ver todo esto. El tío está a cargo del barco y ha comenzado a sonreír nuevamente. Se ve orgulloso vistiendo ese uniforme que tanto ama. Aquí no hay más niños, somos los únicos. Esperamos en

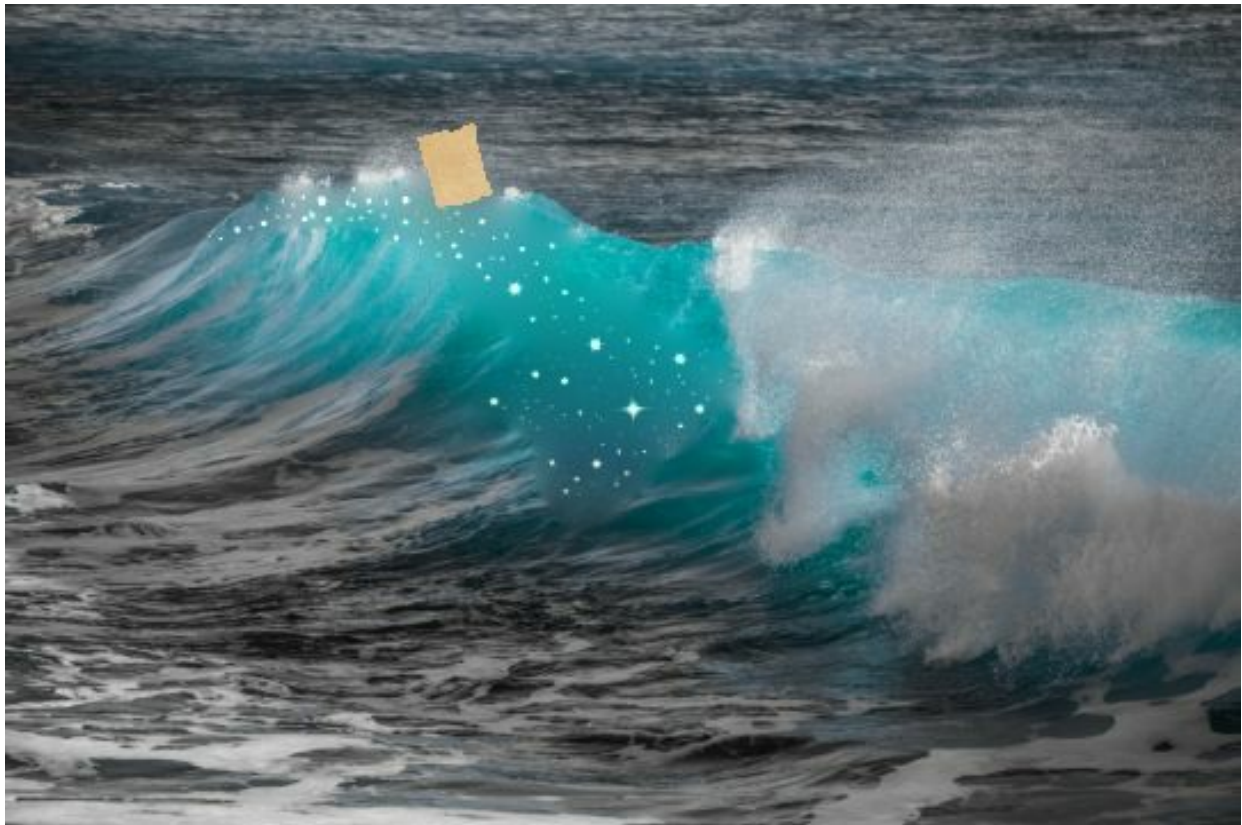
el próximo puerto hacer algunos amigos; y tal vez, con suerte, alguno quiera subir y unirse a la tripulación.

»Al regresar a Londres sería maravilloso poder hacer una escala para visitarlos, aunque creo que no será posible del todo. Pero, si llega a ser factible, nos tendrán entrando a la propiedad, aunque ya no por los túneles del sótano.

»Bella Sandy, no olvides que te quiero mucho. El tío siempre habla de ti. Ambos desearíamos poder volver a escuchar esas hermosas canciones que siempre cantabas al correr por la casa.

»Los quiero y extraño mucho. Jack.»

Luego de terminar de escribir la carta, la doblé por la mitad, levanté mi vista hacia el mar y me quedé unos instantes apreciando lo inmenso y bello que es. Luego me levanté y, de a poco, fui acercándome a la baranda. Elevé entonces la mano que llevaba la nota y la solté al viento, que se la llevó envuelta en un remolino mientras al mismo tiempo traía consigo el bello sonido de una vieja canción en alemán.



FIN.